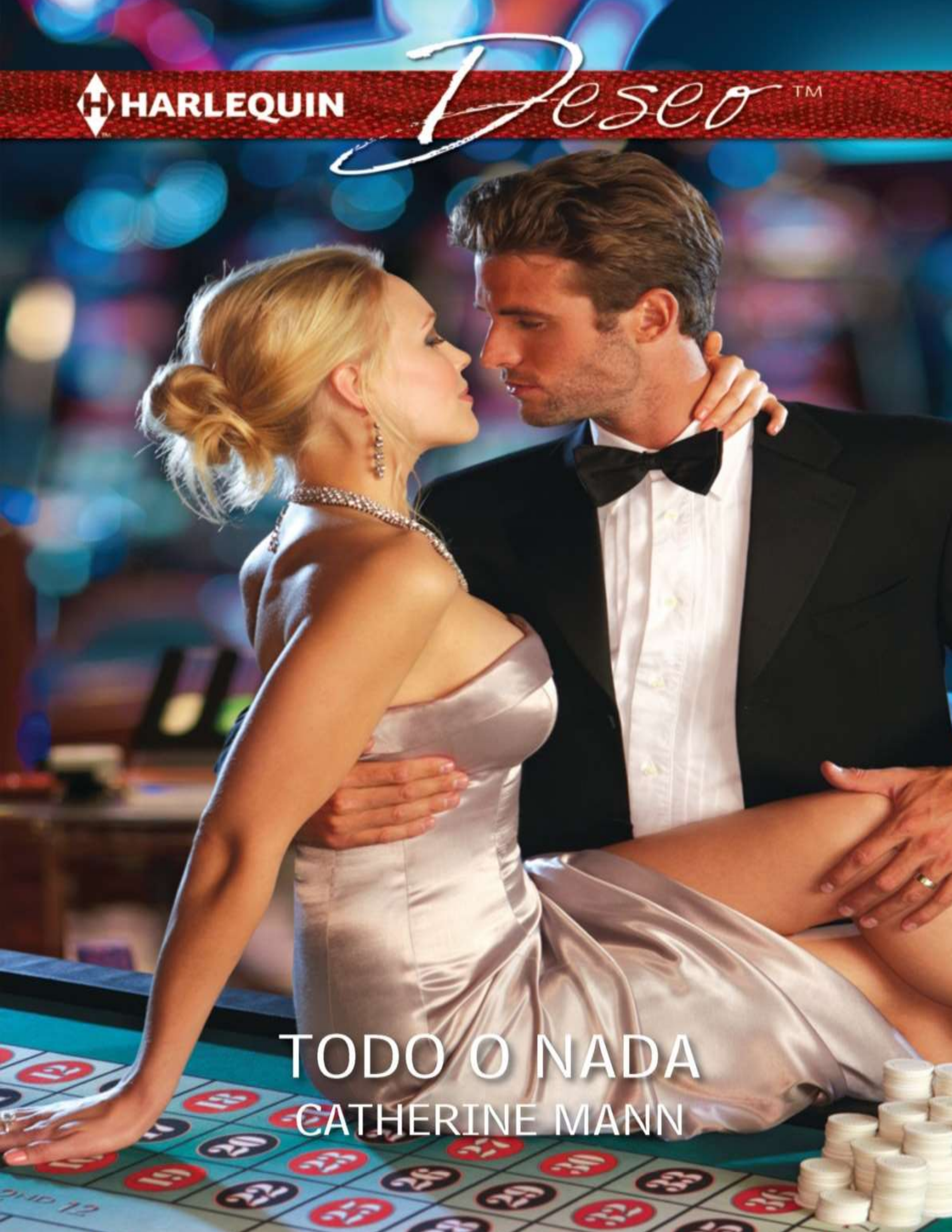

HARLEQUIN
Deseo™
TODO O NADA
CATHERINE MANN

Todo o nada

Catherine Mann

La hermandad Alpha #02

Argumento:

"No me puedo acostar con un hombre que guarda tantos secretos"

Aunque sabía que Conrad le rompería el corazón, **Jayne** se enamoró de él. Y **Conrad Hughes**, director de casino, se lo hizo pedazos con sus ausencias y sus mentiras. Por fin, Jayne estaba dispuesta a seguir con su vida, pero su esposo tenía otros planes para ella. Las misiones que Conrad realizaba para la Interpol destruyeron su matrimonio. Cuando Jayne acudió a Montecarlo para conseguir el divorcio, él decidió lanzar un ataque en toda regla. Seducir a su esposa fue un juego de niños; ganarse su confianza era un asunto completamente diferente. Sin embargo, Conrad no tenía intención de perder…

Capítulo 1

Mónaco, casino de Montecarlo

No sucedía todos los días que una mujer se jugara su anillo de compromiso, con un diamante amarillo de cinco quilates, a la ruleta, pero era la única manera que se le ocurría a Jayne Hughes de devolverle la joya a su marido.

Le había dejado mensajes a Conrad diciéndole que se pusiera en contacto con su abogado. Conrad los había ignorado. El abogado de ella había llamado al de él, sin resultado alguno. Habían tratado de entregar los documentos del divorcio en mano a la secretaria personal de Conrad, pero él le había ordenado que no los aceptara bajo ninguna circunstancia.

Jayne se dirigía a la mesa de la ruleta, con el anillo que Conrad le había regalado hacía siete años. Dado que él era el dueño del casino de Montecarlo, si perdía, el anillo volvería a pertenecerle a él. Jayne tenía que perder para poder ganar. Solo quería poder empezar de cero y no seguir sufriendo más.

Arrojó el anillo sobre el tapete de terciopelo y lo apostó al doce rojo. El aniversario de su ruptura era el doce de enero, la semana siguiente. Habían pasado separados tres de los siete años de casados. Conrad debería haber aceptado ya el divorcio, para que los dos pudieran seguir con sus vidas independientes.

Carcajadas, risas y gritos de excitación retumbaban en el techo abovedado del casino, sonidos muy familiares para ella. Esas paredes cubiertas de frescos habían sido su casa los cuatro años que habían vivido juntos como marido y mujer.

Cenicienta se había desvanecido. El zapato de cristal de Jayne se había hecho pedazos junto con su corazón. El príncipe azul no existía. Ella construía su propio destino y se haría cargo de su vida.

Jayne se había criado en Miami, en un lugar mucho más corriente. La consulta dental de su padre les había permitido llevar una vida muy acomodada que lo habría sido aún más si su padre no hubiera ocultado una segunda familia.

Hizo una señal al crupier para que girara la ruleta, este se ajustó la corbata y frunció el ceño. Entonces, miró detrás de ella un segundo antes de que… Conrad.

Jayne podía sentir su presencia sin necesidad de mirar. Después de tres años separados sin verlo, su cuerpo aún lo reconocía. Y lo deseaba. Sintió un hormigueo en la piel y el pensamiento se le llenó de recuerdos, como cuando pasaron un fin de semana haciendo el amor con la brisa del Mediterráneo entrando por las puertas del balcón.

El aliento de Conrad le acarició el oído un instante antes de que ella pudiera escuchar su voz.

–Puedes conseguir fichas a tu izquierda, mon amour.

Amor mío. Jayne no lo creía. Más bien era una posesión para él.

–Y tú puedes ir a recoger los papeles del divorcio del bufete de mi abogado.

–¿Y por qué iba yo a querer separarme cuando eres tan atractiva como para robarle el alma a un hombre?

El fuego que emanaba de su cuerpo la atravesó de igual forma que el deseo y la ira que le recorrían las venas.

Jayne se dio la vuelta para mirarle y se preparó para el impacto… Verlo simplemente hizo que le diera un vuelco el estómago. El cabello negro de Conrad relucía bajo las imponentes arañas de cristal. Jayne recordó su tacto, sorprendentemente suave. Se había pasado incontables noches viendo cómo dormía y acariciándole el cabello. Con los ojos cerrados, el poder de su mirada color café no podía persuadirla de que hiciera algo en contra de su voluntad. Conrad no dormía mucho. Era insomne, como si no pudiera ceder el control ni siquiera para dormir. Por eso, ella atesoraba aquellos escasos momentos en los que había podido mirarlo a placer.

Las mujeres siempre miraban fijamente y susurraban cuando Conrad Hughes pasaba a su lado. Incluso en aquel momento no trataban de ocultar descaradas miradas de apreciación. Con el esmoquin, tenía un aspecto impresionante. A pesar de que era neoyorquino por los cuatro costados, tenía el aspecto exótico de un aristócrata ruso o italiano de algún siglo pasado.

Y la misma arrogancia. Recogió el anillo del tapete y se lo colocó a Jayne en la palma de la mano. Entonces, se la cerró.

–Conrad –dijo ella.

–Jayne –replicó él sin soltarle la mano–, no creo que este sea el lugar apropiado para que volvamos a vernos.

La obligó a echar a andar. Los dos juntos se abrieron paso entre los allí presentes. El casino constituía un lugar de reunión para la alta sociedad, incluso para la realeza. Él era dueño de seis casinos por todo el mundo, pero el casino de Montecarlo siempre había sido su favorito. El encanto del viejo mundo se entremezclaba con mesas y máquinas muy antiguas, aunque los mecanismos internos habían sido modernizados con las últimas tecnologías.

–Detente. Ahora mismo.

–No –replicó él. Se detuvo frente al ascensor dorado, que era el suyo privado, y apretó el botón.

–Sigues siendo insoportable –susurró ella.

–Vaya –replicó él rodeándole los hombros–. Eso no lo había oído antes. Gracias por hacérmelo ver. Lo tendré en cuenta.

Jayne se zafó de él y le plantó cara.

–No pienso subir a tu suite.

–A nuestro apartamento del ático –le corrigió él. Le arrebató el anillo y se lo metió en el bolso–. Nuestro hogar.

Las puertas se abrieron. Conrad le indicó al ascensorista que saliera e hizo entrar a Jayne.

–Que me entregues los papeles no quiere decir que vaya a firmarlos.

–No creo que tengas intención de permanecer casado para siempre si vivimos separados.

–Tal vez solo quería que tuvieras las agallas de hablar conmigo en vez de hacerlo por medio de un emisario. Que me dijeras a la cara que estás dispuesta a pasar el resto de tu vida sin compartir conmigo la misma cama.

Jayne no podía confiar en él después de lo que había pasado con su padre. Se negaba a que ningún hombre pudiera engañarla del mismo modo que su padre lo había hecho con su madre.

–Supongo que te refieres a compartir la misma cama cuando dé la casualidad de que tú estés en la ciudad después de desaparecer semanas enteras. Hemos hablado de esto un millón de veces. No me puedo acostar con un hombre que tiene secretos.

Él detuvo el ascensor con un rápido movimiento de la mano y se volvió para mirarla. La frustración parecía haberle borrado la sonrisa del rostro.

–Jamás te he mentido.

–No. Tan solo te marchas cuando no quieres responder a las preguntas.

Conrad era un hombre inteligente. Demasiado inteligente. Jugaba con las palabras tan diestramente como con el dinero. Con solo quince años, utilizó su cuantiosa herencia para manipular el mercado de acciones. Había dejado a más de un timador sin negocio con la venta de valores que no le pertenecían con la intención de comprarlos de nuevo después de que el precio bajara, lo que había estado a punto de enviarle a un correccional. La influencia de su familia consiguió que no fuera así. Se le condenó a asistir a una especie de internado con estructura militar donde no se reformó en absoluto, sino que más bien agudizó su habilidad innata para salirse con la suya.

Desgraciadamente, Jayne seguía sin ser inmune a él. Esa era en parte la razón de que hubiera mantenido las distancias y hubiera tratado de conseguir el divorcio desde ultramar. La gota que había colmado el vaso fue cuando ella tuvo un susto con una cuestionable mamografía. Necesitaba el apoyo de Conrad, pero no pudo localizarle durante casi una semana. Aquellos fueron los siete días más largos de toda su vida.

Los temores resultaron infundados, pero los pensamientos en torno a su matrimonio fueron de lo más malignos. Por respeto a lo que habían compartido, ella esperó a que Conrad regresara a casa y le dio una última oportunidad de sincerarse con ella. Conrad le habló, como siempre, de los negocios de los que debía ocuparse y le pidió que confiara en él. Jayne lo abandonó aquella misma noche.

Envueltos en la intimidad que proporcionaba el ascensor, Jayne solo podía pensar en que, en una ocasión, él la había empujado contra los espejos de la pared y le había hecho el amor.

Él seguía en silencio.

–¿Y bien, Conrad? ¿Acaso no tienes nada que decir?

–El verdadero problema aquí no soy yo, sino que no sabes cómo confiar –dijo él mientras deslizaba suavemente el dedo por la cadena del bolso de Jayne–. Yo no soy tu

padre. Eso es un golpe bajo – añadió. Sus palabras convirtieron la pasión residual en ira... y en dolor.

Conrad estaba a pocos centímetros de ella, tan cerca que se podrían perder en un beso en vez de discutir. Sin embargo, Jayne no podía volver a recorrer aquel camino, a pesar de lo intensa que era la atracción. Dio un paso atrás.

–Si estás tan comprometido con la verdad, ¿qué te parece si demuestras que tú no eres tu padre?

En su adolescencia, Conrad fue arrestado y la noticia salió en los titulares de todos los periódicos. De tal palo, tal astilla. Su padre había escapado de delitos por malversación gracias al mismo abogado que consiguió exonerar a Conrad.

En el fondo de su corazón, Jayne sabía que su marido no como su padre. Conrad había pirateado todas aquellas empresas de Wall Street para dejar en evidencia a padre y a otros como él. Metió la mano en el bolso y sacó los papeles doblados.

–Toma. Así te ahorro el viaje al bufete de mi abogado.

Se los metió a Conrad por la chaqueta y apretó el botón del ascensor para que subiera a la planta en la que estaba su suite. No podía soportar la idea de volver al apartamento que habían compartido, el lugar que ella había decorado con tanta esperanza y tanto amor.

–Conrad, considera que te los he entregado oficialmente. No te preocupes por el anillo. Lo venderé y donaré el dinero a obras benéficas. Lo único que necesito de ti es tu firma.

Las puertas del ascensor se abrieron. Con la cabeza bien alta, salió del ascensor y comenzó a andar por el pasillo. Se fue alejando de Conrad, casi consiguiendo ignorar el hecho de que él aún tenía el poder de romperle de nuevo el corazón.

A la edad de treinta y dos años, Conrad había conseguido diez fortunas y había regalado nueve. Aquella noche había hecho saltar la banca con su mayor victoria en tres años. Tenía la oportunidad de dar carpetazo a su relación con Jayne para que ella no siguiera turbando sus sueños durante el resto de su vida.

Cuando le alertaron de la presencia de Jayne en el casino, había abandonado lo que estaba haciendo para buscar el brillo del cabello rubio de la que aún era su esposa.

Se sacó los papeles de la chaqueta y se los guardó en el bolsillo interior. Al pasar junto a la barra del bar, el camarero le indicó con un gesto uno de los taburetes, en el que se encontraba sentado un cliente muy familiar.

Maldita sea. Conrad no necesitaba algo así en aquellos momentos. Sin embargo, no podía darle esquinazo al coronel John Salvatore, su anterior director y su actual contacto en el trabajo que realizaba por cuenta propia para la Interpol, el trabajo que precisamente lo había alejado de Jayne, el trabajo que él prefería que ella desconociera por su propia seguridad. El estilo de vida lujoso y la influencia de Conrad le daban un fácil acceso a los círculos más poderosos. Cuando la Interpol necesitaba una investigación encubierta, requerían el trabajo de un selecto grupo de operativos, al mando de John Salvatore. Esto ahorraba meses para crear un personaje para un agente normal. Salvatore solía requerir sus servicios una o dos veces al año. Si utilizara a Conrad con demasiada frecuencia, corría el riesgo de dejar al descubierto toda la infraestructura.

Aquello era la razón de las semanas de ausencia que habían hecho enfadar tanto a Jayne. Una parte de él comprendía que debería contarle lo de su segunda profesión. De hecho, le habían dado permiso para compartirlo con su esposa. Sin embargo, otra parte de su ser ansiaba que ella confiara en él en vez de dar por sentado que Conrad era un delincuente como su padre o un canalla mentiroso como el de ella.

El coronel levantó su whisky a modo de brindis.

–Veo que has tenido visita.

Conrad se sentó a su lado.

–Jayne te podría haber visto aquí sentado.

Si el coronel estaba allí, eso significaba que había una razón. Los últimos tres años, Conrad había recibido de buen grado todas las misiones con la Interpol porque estas servían para llevar su vacía vida. Pero en aquel momento…

–En ese caso, pensaría que tu viejo director del colegio viene a saludarte dado que ha venido a ver el concierto de otro antiguo alumno aquí en la Costa Azul.

–No es un buen momento…

–Simplemente he venido a entregarte en mano unos documentos –dijo mientras le entregaba un disco que, sin duda, contenía información encriptada– de nuestra reciente… misión.

Misión. Se refería al caso Zhutov, de falsificación de divisas, que había concluido hacía ya un mes.

Si Conrad hubiera estado pensando en lo que debía, se habría dado cuenta de que el coronel jamás se arriesgaría a involucrarle en otra operación tan pronto. Eso indicaba

que Jayne ya había empezado a turbarle el pensamiento, y eso que ni siquiera llevaba una hora de vuelta en su vida.

–Hoy todo el mundo quiere darme documentos –dijo mientras se tocaba el bolsillo donde tenía los papeles que ella le había entregado. El leve crujido que hicieron le recordó que tan solo faltaba una firma para que su matrimonio hubiera terminado para siempre.

–Esta noche eres un caballero muy popular.

–Soy insoportable y arrogante –replicó él. Al menos según Jayne.

–Y muy consciente de ti mismo. Siempre lo fuiste, incluso en el internado. La mayoría de los muchachos llegaban negándose o creyéndose más de lo que eran. Tú conocías tus puntos fuertes desde el principio.

Al pensar en los años de su adolescencia, Conrad se sintió incómodo. Le recordaban la peor época de su vida, cuando su padre se desmoronó del pedestal en el que Conrad siempre lo había tenido.

–¿Estamos hablando de esto solo por hablar o hay algún motivo concreto?

–Conocías tus puntos fuertes, pero no tus debilidades –dijo el coronel mientras se ponía de pie–. Jayne es tu talón de Aquiles. Necesitas reconocerlo o eso te conducirá a la autodestrucción.

–Lo tendré en cuenta.

La amarga verdad del concepto del talón de Aquiles le escocía, dado que él le había dicho lo mismo a su amigo Troy cuando este cayó perdidamente enamorado.

–Decididamente, sigues siendo tan testarudo como siempre –le dijo Conrad mientras le daba una palmada en el hombro–. Estaré aquí el fin de semana. Digamos que volveremos a reunirnos para almorzar pasado mañana y terminar con lo de Zhutov. Buenas noches, Conrad.

El coronel dejó una propina y se mezcló con la multitud. Desapareció antes de que Conrad pudiera terminar de procesar lo que su superior le había dicho. Salvatore raramente se equivocaba. Tenía razón sobre el efecto que Jayne le producía. Sin embargo, en lo de buenas noches…

No creía que pudiera pasar una buena noche, pero no había perdido la esperanza. Quedaba mucho para que terminara la velada. Jayne lo comprendería cuando entrara

en la suite y descubriera que su equipaje ya no estaba allí y que había sido trasladado al ático; Jayne estaría encendida. Una visión magnífica que él no se podía perder.

Furiosa por lo que Conrad acababa de hacer, Jayne se montó en el ascensor para ir al ático, su antiguo hogar. En recepción, le habían dado una tarjeta para que pudiera abrir la puerta sin dudas ni preguntas. Conrad les habría advertido de que ella iría a preguntar antes de que ordenara que retiraran todas las cosas de Jayne de la suite que ella había reservado.

Lo maldijo en silencio.

Las puertas doradas se abrieron por fin. El vestíbulo estaba en penumbra. Se preparó para ver las butacas de estilo Luis XIV y la mesa que ella había elegido con tanto cuidado solo para descubrir que Conrad lo había cambiado todo. No había esperado que el apartamento siguiera igual después de que ella se marchara, pero tampoco podría haber anticipado un cambio tan radical.

Aquel era el apartamento de un hombre. Enormes muebles de cuero y una monstruosa televisión. Incluso las cortinas de los ventanales desde los que se dominaba una imponente vista del Mediterráneo iluminado por la luna habían sido sustituidas. La decoración seguía teniendo un gran sentido de elegancia y estilo, como el resto del casino, pero sin el menor toque femenino.

Conrad había retirado todo lo que ella había puesto allí después de la separación. Se preguntó si lo habría cambiado por ira o simplemente porque ella ya no le importaba. Lo único que deseaba en aquellos momentos era enfrentarse al que en breve iba a ser su exmarido.

No tuvo que esperar mucho. Se encontró a Conrad tumbado en un enorme sillón, con un vaso de cristal tallado en la mano. Tenía una botella de su whisky favorito sobre la mesa de caoba que había al lado. Allí mismo, había habido un elegante sofá tapizado en el que habían hecho el amor en más de una ocasión.

De hecho, si lo pensaba bien, le parecía que Conrad había estado muy acertado al decidir cambiarlo todo.

Dejó el bolso en una estantería y sintió cómo los delgados tacones de sus zapatos se hundían en la lujosa alfombra.

–¿Dónde está mi equipaje? –le espetó–. Necesito mi ropa.

–Tu equipaje está aquí –dijo él sin moverse–. ¿Dónde si no iba a estar?

–En mi suite. Debes de saber que elegí una suite en una planta diferente del casino.

–Se me informó de ello en el momento en el que recogiste la llave –le comentó él antes de terminarse la copa de un trago.

–Y tú hiciste que lo trasladaran todo.

–Soy arrogante, ¿recuerdas? Seguramente tú ya sabrías lo que ocurriría cuando te registraste. A pesar del nombre falso, tendrías que haberte imaginado que todos los empleados reconocerían a mi esposa.

–¡Qué tonta he sido al pensar que se respetarían mis deseos!

–Y qué tonto he sido yo al pensar que no me avergonzarías delante de todos mis empleados.

Jayne se sintió profundamente apenada. A pesar de lo ocurrido entre ellos, lo amaba profundamente. Estaba cansada de hacerle daño, del dolor que ella misma sentía.

Se sentó junto a él. Necesitaba terminar con aquella situación para poder seguir adelante con su vida, poder sentar la cabeza con alguien aburrido y sin complicaciones que la amara de verdad.

–Lo siento. Tienes razón. He sido muy poco considerada.

–¿Por qué lo hiciste? –le preguntó él mientras se acercaba un poco más a ella–. Ya sabes que hay mucho espacio en el ático.

–Porque me da miedo estar a solas contigo –respondió ella con sinceridad.

–Dios, Jayne –susurró él mientras extendía la mano y le agarraba la muñeca–. Sé que soy un canalla en todos los aspectos, pero jamás te haría daño.

Aquella delicada caricia era testigo de sus palabras, al igual que los años que habían pasado juntos. Conrad siempre había permanecido inmutable incluso durante las discusiones más acaloradas. Jayne deseó poder controlar sus sentimientos del mismo modo. Daría lo que fuera por controlar lo que estaba experimentando en aquellos momentos.

No pudo contener las palabras. Ni la sinceridad.

–No me refería a eso. Me temo que no podré resistirme a acostarme contigo.

Con la confesión de ella aún resonándole en los oídos, permanecer impasible fue lo más duro que Conrad había hecho en toda su vida, aparte de dejar que Jayne se marchara hacía tres años. Sin embargo, necesitaba pensar y necesitaba hacerlo rápido. Un movimiento en falso y aquel asunto le estallaría en el rostro.

Todas las células de su cuerpo le gritaban que la tomara entre sus brazos, la llevara a su dormitorio y le hiciera el amor durante toda la noche. Y lo habría hecho si hubiera estado seguro de que Jayne se iba a dejar llevar por aquel deseo. Desgraciadamente, conocía demasiado bien a Jayne. A pesar de que ella lo deseaba, seguía muy enojada con él. Cambiaría de idea sobre lo de acostarse con él antes de que él terminara de quitarle las horquillas con las que llevaba recogido el cabello.

Necesitaba tiempo para hacer desaparecer sus reservas y persuadirla de que acostarse juntos una última vez era algo bueno. Retiró la mano y agarró la botella para servirse otra copa de whisky.

–Si no recuerdo mal, yo no te he pedido que te acostaras conmigo.

Ella se irguió en el asiento.

–No tienes por qué decir nada. Tus ojos me seducen con una mirada –susurró. Le temblaba la barbilla–. Mis ojos me traicionan, porque cuando te miro, te deseo tanto...

Conrad decidió que tal vez ella pudiera persuadirle para que no esperaran.

–¿Y eso es malo?

En los ojos azules de Jayne se adivinaba la batalla interior que estaba teniendo, una batalla que él comprendía demasiado bien. Los tres años que habían pasado separados habían sido un verdadero infierno para él, pero al final había empezado a aceptar que su matrimonio había terminado. Deseaba que Jayne lo mirara a los ojos y se lo dijera a la cara.

Su deseo venía acompañado de un giro inesperado. Jayne seguía deseándolo tanto como él la deseaba a ella. El sexo entre ellos siempre había sido más que bueno. Podrían quitarse el anhelo y seguir con sus vidas. Solo tenía que conseguir que Jayne pensara del mismo modo.

Por fin, ella sacudió la cabeza.

–No vas a ganar. Esta vez no –le dijo mientras se ponía de pie–. Devuélveme mis cosas y no te atrevas a decirme que entre en nuestro dormitorio para recogerlas.

–Están en la habitación de invitados.

Jayne lo miró muy sorprendida.

–Ah, siento mucho haber pensado mal de ti.

Conrad se encogió de hombros.

–La mayor parte de las veces tendrías razón.

–Maldita sea, Conrad. Solo quiero tu firma para tener paz.

–Lo único que quise siempre fue hacerte feliz –dijo él. Se puso de pie y extendió una mano para acariciarle a Jayne un mechón del cabello–. No te he pedido que nos acostemos, pero no te equivoques, pienso en estar contigo y en lo maravilloso que era todo cuando estábamos juntos.

Mientras le acariciaba el cabello, le rozó suavemente el hombro con los nudillos y, de repente, le quitó una de las horquillas que le sujetaban el recogido. Conocía tan bien aquel peinado que podría soltárselo con los ojos cerrados.

Dio un paso atrás.

–Que duermas bien, Jayne.

Las manos de Jayne temblaban mientras se recogía el mechón, pero no dijo nada. Se dio la vuelta, agarró su bolso y se dirigió a la habitación de invitados. A Conrad le daba la sensación de que ninguno de los dos iba a encontrar la paz en un futuro cercano.

Capítulo 2

Jayne cerró la puerta de la habitación de invitados y se reclinó sobre ella. Después de tres largos años sin él, no había esperado que el deseo que sentía fuera tan fuerte. No podía dejar de imaginarse inclinándose sobre él mientras él permanecía sentado en aquel monstruoso sillón y deslizándole las rodillas a cada lado hasta sentarse sobre él a horcajadas.

Había algo muy excitante en las veces en las que ella había tomado la iniciativa, algo que ya casi había olvidado en el tiempo que habían pasado separados. Sin embargo, le encantaba aquella sensación de poder y sensualidad. Ciertamente, él podía conseguir dar la vuelta a la situación en un abrir y cerrar de ojos, pero ella le desabrocharía la corbata, la camisa, los pantalones...

Se deslizó por la puerta para sentarse en el suelo y se le escapó un suspiro de los labios. Aquello no era tan fácil como había esperado...

Al menos tenía una cama para ella sola sin tener que discutir más. Una victoria menor. Miró a su alrededor y vio que Conrad no había cambiado nada de la decoración de aquel cuarto. Jayne sintió un profundo alivio, que la sorprendió. ¿Por qué significaba tanto para ella que él no se hubiera deshecho de todo lo que representaba su vida en común?

Volvió a ponerse de pie y contempló la habitación. Estaba todo tal y como ella lo había decorado. Arrojó el bolso sobre la cama y vio que se salía el teléfono móvil. Lo tomó y comprobó que tenía tres llamadas perdidas del mismo número.

Experimentó un fuerte sentimiento de culpa. En realidad, no estaba saliendo con Anthony Collins. Había tenido mucho cuidado de mantener la relación en el ámbito de la amistad desde que empezó a cuidar a su tío abuelo en la residencia. El anciano ya había fallecido de cáncer de pulmón.

Estaba muy en contacto con la muerte por su trabajo, pero jamás le resultaba fácil. Ayudaba a hacer más llevaderos los últimos días de una persona. Había encontrado el

lugar perfecto para ejercer su profesión de enfermera. Quería retomar la vida que se había empezado a construir de nuevo en Miami y, para poder hacerlo, necesitaba terminar con su matrimonio. Abrió el buzón de voz y escuchó:

–Jayne, solo llamaba para saber que estás bien –le dijo la voz de Anthony mientras Mimi, su bulldog francés, ladraba. Anthony había accedido a cuidárselo–. ¿Qué tal el vuelo? Llámame cuando puedas.

Piiii. Siguiente mensaje.

–Me estoy empezando a preocupar por ti. Espero que no te hayas quedado tirada entre vuelo y vuelo, a merced de la carísima comida de aeropuerto.

Piiii. Siguiente llamada de Anthony. No había mensaje. Había colgado sin hablar.

Debería llamarle, pero no podía escuchar su voz cuando seguía experimentando el deseo hacia Conrad aún en las venas. Optó por la salida más cobarde y escribió un mensaje de texto:

He llegado a Montecarlo sin problemas. Gracias por preocuparte por mí. Estoy demasiado cansada para poder hablar. Te llamaré muy pronto. Dale a Mimi un premio extra de mi parte.

Con gran remordimiento apagó el teléfono. Se sentó en la cama y miró su equipaje. Afortunadamente se había llevado su libro electrónico, porque no creía que tuviera muchas posibilidades de dormir aquella noche.

Conrad estaba sentado examinando el documento que el coronel le había dado en el ordenador.

Montecarlo casi nunca dormía por la noche, por lo que era el lugar idóneo para un insomne crónico como él. Más allá de los cristales de las ventanas, los yates adornaban la bahía con sus luces. El casino aún seguía con su frenético ritmo, pero él había insonorizado su apartamento.

Los papeles del divorcio estaban a su lado, sobre la mesa. Ella insistía en divorciarse de él sin reclamar prácticamente nada, igual que había hecho el día el que se marchó. Conrad ya había redactado un apéndice que creaba un fondo para ella. Jayne podría hacer lo que quisiera con aquel dinero. Sin embargo, Conrad había jurado delante de Dios protegerla toda su vida y lo haría inclusomás allá de su divorcio. Él nunca se comprometía a la ligera.

La frustración se apoderó de él y amenazó con distraerle por completo del informe Zhutov. Había renunciado a su matrimonio por casos como aquel, por lo que debía concentrarse. Si no lo hacía, habría perdido a Jayne por nada.

El mundo estaba mucho más seguro con aquel canalla entre rejas. Zhutov había ideado una de las mayores organizaciones de falsificación en Eurasia. Había utilizado su influencia para inclinar el equilibrio de poderes entre países y manipular la fortaleza de la divisa de un país. En unos momentos en los que muchos países estaban luchando por la supervivencia financiera, el menor desequilibrio en la economía podía tener unas consecuencias desastrosas.

Por lo que parecía, Zhutov había actuado así por una necesidad de poder y el deseo de hacer progresar las aspiraciones políticas de su hijo. Ayudar a la Interpol a detener a canallas como él era mucho más que un trabajo. Era su camino a la redención después de lo que Conrad había hecho. Había cometido un delito no muy diferente al de Zhutov y su castigo había sido poco más que una palmadita en la mano. Había manipulado el mercado de acciones, se había hecho creer que era como una especie de dispensador de justicia cósmica por robar a los malvados ricos para dárselo a los que se lo merecían más.

Menuda excusa.

Con quince años, sabía que no era así. Conocía la diferencia entre el bien y el mal, pero estaba tan convencido de sus propias necesidades, tan egoístas, por demostrar que era mejor que su padre, que no se había dado cuenta de que era a los trabajadores y a las familias a los que hacía daño.

Tal vez hubiera evitado ir a la cárcel, pero seguía en deuda. Cuando Salvatore se jubiló como director de la Academia Militar de Carolina del Norte y comenzó a trabajar para la Interpol, Conrad fue uno de sus primeros reclutas.

El sonido que hizo la puerta del balcón al abrirse lo devolvió al presente. No tuvo que volverse. El aroma de Jayne lo envolvió. El hecho de que no pudiera dormir era un progreso. Ya eran más de las dos de la madrugada.

Cerró el archivo y abrió un juego de ordenador.

–Conrad, ¿qué estás haciendo levantado tan tarde? –preguntó ella.

–Negocios –replicó él.

Ella se echó a reír suavemente y avanzó un poco más. La seda del batín que llevaba puesto susurraba ligeramente.

–Ya lo veo.

–¿Querías algo?

–Iba a por un vaso de agua y vi que seguías levantado. Siempre fuiste un ave nocturna.

–Siéntate si quieres –le dijo él sin dejar de jugar–, pero no te puedo prometer que te vaya a dar mucha conversación.

–Sigue jugando.

Por el modo en el que la seda se le pegaba a la piel, podría haber estado completamente desnuda. Ella cruzó las piernas.

–¿Por qué sigues trabajando cuando podrías dejarlo todo?

–Sabías que yo vivía en mi despacho cuando te casaste conmigo.

–Estaba locamente enamorada –dijo mientras sujetaba un vaso de agua entre las manos–. Me engañé haciéndome creer que podía cambiarte.

Conrad no había esperado que ella admitiera nada, y mucho menos aquello.

–Recuerdo la primera vez que te vi. Eras uno de los pacientes de urgencias más gruñones y menos cooperadores que recuerdo.

Conrad estaba en Miami siguiendo una pista que le había proporcionado Salvatore. Habría regresado a Montecarlo a la mañana siguiente si no hubiera sido porque un mozo de equipaje dejó caer una maleta en su pie. Como no podía apoyarlo tuvo que ir a urgencias.

No hacía más que protestar, pero su estado de ánimo cambió cuando la enfermera jefe del turno de noche entró en la sala de espera para descubrir por qué él había mandado a todo el mundo a paseo.

–Me sorprende que me hablaras después de lo poco que cooperaba.

–Sigo sin poderme creer que insistieras en que solo querías que te diéramos el alta porque tenías una reunión muy importante a la que no podías faltar por lo que, según tú, era un dedo magullado.

–Sí, no fue el mejor de mis momentos...

–Estuvo bien que mandaras flores a todas las enfermeras a las que mandaste a paseo –dijo ella–. Creo que nunca te lo he dicho, pero cuando llegaron pensé que eran para mí.

–Quería ganarte. Disculparme con tus compañeras me parecía el mejor modo de hacerlo.

Conrad extendió su estancia en Miami con la excusa de buscar una propiedad en la que invertir. Se casaron tres meses más tarde, en una sencilla ceremonia celebrada junto al mar con tan solo un par de testigos.

Jayne tomó un sorbo de agua. No parpadeaba, como si estuviera conteniendo las lágrimas.

–Así que ya se ha terminado todo entre nosotros.

–Me alegra saber que no es más fácil para mí que para ti.

–Por supuesto que no es fácil para mí –susurró ella mientras dejaba el vaso sobre la mesa–. Pero quiero hacerlo. Quiero dejar esto atrás y volver a ser feliz.

–Siento mucho que no seas feliz…

Hacía tres años, hubiera movido el cielo y la tierra para darle lo que ella quería. En aquellos momentos, parecía que lo único que él podía darle era el divorcio.

–¿Lo dices en serio o es la razón por la que has pospuesto durante tanto tiempo la firma de esos papeles? ¿Acaso querías hacerme sufrir?

–Te digo sinceramente, Jayne, que lo único que deseo es que los dos seamos felices, y si eso significa seguir cada uno por su lado, así sea. Sin embargo, en estos momentos, ninguno de los dos parece estar teniendo mucha suerte con el concepto de una ruptura limpia.

–¿Qué es lo que estás diciendo?

Convencerla le costaría más que enviar unas cuantas docenas de rosas a sus amigas.

–Creo que necesitamos tomarnos un par de días para descubrir ese punto medio…

–Llevamos siete años casados –dijo ella. Metió la mano en el bolsillo de la bata y sacó su anillo de compromiso y la alianza de boda–. ¿Cómo esperas que podamos dar por zanjada nuestra relación en dos días cuando llevamos intentándolo desde hace tres años?

Conrad no quería volver a ver aquellos anillos, a menos que estuvieran colocados en el lugar en el que él los había puesto: en el dedo de Jayne.

–¿Te ha servido de algo que nos ignoremos el uno al otro? Yo no lo he conseguido ni siquiera viviendo con un océano de por medio.

–No voy a discutir contigo –replicó ella agarrando los anillos–. ¿Qué es lo que tienes en mente exactamente?

Conrad presintió la victoria. Jayne estaba empezando a pensar como él. Sin embargo, tenía que estar seguro porque, si cometía un error de cálculo, podría estropearlo todo y hacer que ella saliera huyendo.

–Sugiero que pasemos una velada juntos. Sin presión. Mi amigo Malcolm Douglas actúa cerca de aquí, en la Costa Azul. Tengo entradas para mañana por la noche. Ven conmigo.

–¿Y si digo que no?

No había opción. Conrad puso en juego su comodín.

–¿Quieres que te firme esos papeles de divorcio?

–¿Me estás chantajeando?

–Llámalo como quieras –dijo él–. Tú me das dos días y yo te firmaré los papeles del divorcio.

–¿Solo dos días? –le preguntó ella mientras lo observaba con ojos suspicaces.

Conrad agarró los anillos, que estaban casualmente junto al ordenador y los papeles del divorcio, y se los puso en la palma de la mano. Entonces, le cerró los dedos.

–Cuarenta y ocho horas.

Casi sin aliento, Jayne se sentó en la cama. Algo la había despertado sobresaltadamente... ¿Los rayos del sol?

Efectivamente, el sol entraba a raudales por una rendija que había entre las cortinas. Miró el despertador y vio que eran las 10:32. Increíble. Ella jamás dormía hasta tarde.

Se levantó de la cama y fue a mirarse al espejo. Tenía el cabello revuelto y unas profundas ojeras en el rostro. Tras darse una ducha, se puso sus vaqueros favoritos y una camisa con un cinturón por fuera. Era lo mejor que podía hacer con lo poco que

tenía en la maleta. Había esperado regresar a los Estados Unidos aquel mismo día con los papeles del divorcio en la mano.

Al abrir la puerta, se sintió muy nerviosa. Oyó el sonido de los platos y olió el aroma del café. Conrad le había dicho que se pasarían dos días tratando de encontrar la paz, pero mientras pensaba en él, Jayne se sentía de todo menos pacífica.

No obstante, había hecho un trato con él y se negaba a permitir que él viera lo nerviosa que estaba o a volver a suplicarle sexo.

Atravesó el salón y se dirigió al comedor. Dios santo, había transformado su elegante comedor en algo parecido a un pub irlandés. No se lo podía creer… No veía a Conrad por ninguna parte, pero la mesa estaba puesta para dos. Un ruido en la cocina le dio una ligera advertencia antes de que un carrito saliera de la cocina. Sin embargo, no era Conrad quien lo empujaba.

Se trataba de una mujer desconocida. En el carrito llevaba un plato de bollería, un bol de fruta y dos jarras muy calientes. En ese momento, la comida era en lo último en lo que pensaba Jayne. La prioridad era descubrir la identidad de aquella desconocida, una bella pelirroja que parecía estar muy cómoda en la casa de Conrad sirviendo el desayuno.

Jayne extendió la mano.

–Buenos días, me llamo Jayne Hughes. ¿Quién es usted?

Dado que la pelirroja llevaba vaqueros y una blusa de seda, no pertenecía al servicio doméstico.

–Me llamo Hillary Donavan. Estoy casada con el amigo de Conrad.

–Ah… Troy Donavan, el genio de los ordenadores que fue al internado con Conrad –dijo ella. Se sentía ridícula–. Vi que se anunciaba vuestro compromiso y vuestra boda en la prensa. Eres incluso más encantadora en persona.

Hillary arrugó la nariz.

–Es una manera muy sutil de decir que no soy fotogénica. Odio las cámaras y me temo que ese sentimiento es recíproco.

La felicidad de los recién casados irradiaba de ella y hacía que Jayne se sintiera desilusionada y triste por la pérdida de sus propios sueños.

–¿Es ese desayuno para nosotras?

–Sí –respondió Hillary–. Los bollitos están rellenos de crema de queso que, según me han dicho, es tu favorita. Además, hay infusión de menta y café para mí.

Y fresas. También su fruta favorita.

–Es muy agradable que los empleados de la cocina recuerden mis preferencias.

–Bueno, en realidad… –dijo Hillary mientras colocaba el carrito entre las dos sillas y le indicaba a Jayne que se sentara– le pregunté a Conrad.

Jayne contempló la vajilla y tocó el plato. Era la porcelana que se había utilizado el día de su boda.

–No sabía que vosotros vivíais ahora en Montecarlo.

–En realidad, hemos venido para ver el concierto de Malcolm. Es como una reunión no oficial del internado. Se dice que ya no hay entradas.

¿Todos iban a salir en grupo? Se sintió como la chica que creía que la habían invitado al cine para luego descubrir que estaba toda la clase. ¡Qué ironía, cuanto en tantas ocasiones había deseado tener más parejas casadas como amigos!

–Tengo que confesar que la primera vez que vi a Malcolm Douglas en persona sentí admiración – dijo Hillary mientras servía el café–. Ah, te van a enviar esta tarde unos vestidos de noche para que elijas entre ellos, dado que probablemente no has traído mucho equipaje y es un evento de etiqueta. Estoy hablando demasiado. Espero que no te importe que te esté imponiendo mi presencia.

–Al contrario. Me alegra tener compañía. Conrad no tiene muchos amigos casados – comentó. Recordó que cuando Troy iba a visitarlos, a ella le habría gustado tener una amiga con la que hablar. Cuando por fin tenía una… ya era demasiado tarde–. Cuando estábamos juntos, ninguno de sus amigos se había casado.

–Están llegando ya todos a esa edad… Incluso Elliott Starc se ha comprometido recientemente – repuso ella riendo–. Otro chico malo con el corazón de oro. ¿Lo conoces?

–Es al que mandaron a la academia militar después de muchos arrestos por robar vehículos –dijo ella. Ahora, conduce coches en los circuitos internacionales.

–Ese es. Nadie pensaba que terminaría sentando la cabeza –replicó Hillary riendo–. En realidad, ¿quién habría pensado que mi marido, el pirata informático, se convertiría en un hombre de su casa?

Efectivamente, Troy se había infiltrado en el sistema del departamento de Defensa para dejar al descubierto la corrupción. Después de eso, había terminado en la academia militar de Carolina del Norte con Conrad. Malcolm Douglas llegó más tarde, tras haberse reconocido culpable de delitos relacionados con las drogas.

Teniendo en cuenta las historias que todos los amigos compartían, tal vez Jayne se había equivocado al pensar que podía domar al chico malo. ¿Le esperaba a Hillary el mismo triste destino que a ella?

–No eres en absoluto lo que esperaba cuando leí que Troy se había casado.

–¿Y qué esperabas?

–Alguien menos... normal.

Jayne siempre se había sentido muy sola en el mundo de millonarios de Conrad.

–Parece que estoy metiendo la pata –añadió–. Espero que no te lo hayas tomado mal.

–Por supuesto que no. Troy es un poco excéntrico y yo no –explicó mientras se daba vueltas al anillo de diamantes y esmeraldas en el dedo–. Nos equilibramos el uno al otro.

En una ocasión, Jayne había pensado lo mismo sobre Conrad y ella. Jayne era romántica y él reservado.

Las dos comieron en silencio durante un rato. De repente, sintió que Hillary la miraba con curiosidad, como si quisiera preguntarle algo. Jayne levantó su taza de té.

–Puedes preguntarme lo que sea.

–Siento ser grosera, pero me sorprende veros a Conrad y a ti juntos. Espero que esto signifique que estáis solucionando lo vuestro.

–Me temo que no. El divorcio será definitivo muy pronto. Nos queda finalizar el papeleo y, mientras esté aquí, supongo que los dos estamos intentando demostrar que podemos ser civilizados el uno con el otro. En realidad, es una locura, pensando que nuestros caminos jamás volverán a cruzarse.

–Nunca se sabe.

–Yo sí lo sé. Cuando me marche de aquí, mi vida y la de Conrad tomarán direcciones opuestas –le aseguró Jayne mientras doblaba la servilleta y volvía a dejarla sobre la mesa. Había perdido el apetito.

No podía enfadarse con Hillary por estar tan feliz y ser tan agradable. Esperaba de corazón que Troy fuera el chico malo que era capaz de cambiar por la mujer con la que se había casado. Estaba segura de que Conrad también había cambiado, pero se había mostrado tan reservado con sus viajes y sus misteriosas ausencias... No desaparecía muy a menudo, pero, cuando lo hacía, ni dejaba una nota ni se ponía en contacto con ella. Cuando regresaba, sus excusas eran muy poco creíbles. Jayne había querido creer que él no era como su padre... o el de ella. Seguía queriendo creerlo.

Sin embargo, no podía engañarse. Conrad no hacía más que insistir en que ella debería confiar en él. Pues Conrad debería haber confiado en ella. El hecho de que no lo hiciera solo le permitía llegar a dos conclusiones: Conrad no era el hombre que ella había esperado y, muy probablemente, jamás la había amado.

Aquella pequeña fantasía de dos días era solo eso, una fantasía. Por suerte, la había rechazado la noche anterior, porque si se hubiera metido en la cama con él, lo haría lamentado profundamente a la mañana siguiente. Su cuerpo y su cerebro jamás habían estado de acuerdo en lo que se refería a su marido.

Sin embargo, tenía un enorme corazón roto que le recordaba que solo debía escuchar a su sentido común.

El sentido común le decía a Conrad que aquel día debía mantener las distancias. Sin embargo, estar alejado de Jayne después de que ella hubiera regresado a Montecarlo lo estaba volviendo completamente loco.

Verla en la cámara de seguridad del solárium no le estaba ayudando en lo más mínimo. Sin embargo, aquella sala le ofrecía el lugar más seguro para estar con un par de sus amigos de la academia, Donavan y Douglas, a quien el coronel Salvatore también había reclutado para la Interpol.

Solo Dios sabía por qué los había elegido a ellos, que eran los menos conformistas de todos.

Estaban muy unidos por las experiencias que habían vivido para volver a encauzar sus vidas. Incluso se habían apodado La Hermandad Alpha. Juntos, sentían que podían conseguir cualquier cosa.

En aquellos momentos, compartían un vínculo más profundo por su trabajo con Salvatore. Por razones evidentes, seguían sin poder hablar al respecto en público, pero la sala de seguridad de un casino proporcionaba protección e intimidad suficientes como para que pudieran bajar la guardia.

Tenían esparcidos sobre la mesa los restos del almuerzo. Normalmente, Conrad habría disfrutado mucho con todo aquello, pero aquel día no. No hacía más que pensar en Jayne y no podía apartar los ojos de la pantalla.

–¡Eh, Conrad! –le dijo Troy–. La semana pasada compré unos habanos estupendos, pero no me gustaría que Malcolm empezara a protestar por sus alergias.

–Yo no protesto... –dijo Douglas.

–Está bien –replicó Donavan levantando las manos–, si eso es lo que quieres creer, por mí bien.

–Te aseguro que uno de estos días te voy a dar una buena paliza... Solo para divertirme.

–Vamos.

–Lo haría, pero no quiero lesionarme y desilusionar a mis fans –replicó Douglas con una sonrisa–, pero bueno, a ti ya te han cazado, así que no lo comprendes.

Ciertas cosas no cambiaban nunca. Podrían haber estado todos en sus barracones, hacía diecisiete años. Desgraciadamente, a Conrad no le apetecía participar en la conversación. Estaba demasiado abstraído por la imagen que aparecía en la pantalla del monitor.

Jayne estaba en la piscina cubierta con la esposa de Donavan. No podía apartar la vista de ella, tan relajada y feliz. Llevaba ropa en vez de un traje de baño, pero eso no importaba cuando Conrad podía imaginársela completamente desnuda.

Donavan le sacó de sus pensamientos.

–¿Te encuentras bien, hermano?

–¿Y por qué no iba a estarlo?

–Bueno, no lo sé... Tal vez porque tu exesposa está en la ciudad y, desde que entramos aquí, no has dejado de mirarla por ese monitor.

–Todavía no es mi exesposa –dijo. Entonces, decidió cambiar de tema–. ¿Le apetece a alguien que echemos una partidita rápida a las cartas?

–¿Para que me puedas dejar limpio otra vez? –se lamentó Donavan.

–¿Y quién está protestando ahora? –se mofó Malcolm.

Conrad apartó por fin la atención de Jayne y tomó una baraja de cartas. Entre su trabajo para la Interpol y sus trabajos habituales, a los tres amigos les quedaba poco tiempo para relajarse de aquella manera, como en los viejos tiempos. ¡Qué desafortunado para Conrad que una de esas escasas ocasiones fuera precisamente en aquellos momentos, cuando todos estaban presentes para ver cómo terminaba su matrimonio!

¿Y si no conseguía una última noche con Jayne? ¿Y si tenía que pasarse el resto de su vida con el deseo corroyéndole por dentro cada vez que pasara a su lado una rubia? Sin embargo, ninguna mujer ejercía sobre él el mismo efecto que Jayne.

Decidió que aquella noche, después del concierto, tumbaría a Jayne en el sofá y la haría de nuevo suya.

Hacía tres años que Jayne no había tenido una cita. Resultaba irónico que su primera cita después de la separación fuera con el que pronto iba a ser su exmarido. Él la había llevado a un concierto benéfico en la Costa Azul.

Al menos, en la ópera, podría relajarse escuchando la música sin preocuparse por las tentaciones o las conversaciones incómodas. Malcolm cantaba una recopilación de algunas canciones de los años cuarenta acompañándose de un piano. Su hermosa voz se deslizaba por encima de ella con la misma facilidad que los dedos de Conrad lo hacían sobre su hombro. ¿Y qué si su marido le rodeaba los hombros por el respaldo del asiento? No significaba gran cosa...

De hecho, se había sorprendido por la poca presión a la que él la había sometido a lo largo del día, en especial después de la intensa conversación de la noche anterior y la potente atracción que existía entre ellos.

Había elegido un vestido plateado con los hombros al descubierto. El invierno allí era tan suave que tan solo requeriría un echarpe de raso negro. Pensó que seguramente él se le insinuaría durante el trayecto en limusina, pero se sorprendió al encontrarse con Troy y Hillary. Los dos estaban dispuestos a ir a cenar con ellos antes del concierto. La velada había sido perfecta. Y frustrante.

El pulgar de Conrad le acariciaba suavemente la nuca. Contuvo el aliento.

Hillary se inclinó hacia ella y susurró:

–¿Te encuentras bien?

–Sí. Estoy disfrutando con la música –replicó ella. Se resistió al impulso de apartar el brazo de Conrad.

Él se rebulló en el asiento y le colocó la mano en la parte superior del brazo. Jayne trató de permanecer inmóvil en el asiento para no volver a llamar la atención de Hillary. Sin embargo, cada vez le estaba resultando más difícil. Seguramente, él sabía muy bien lo que estaba haciendo.

Sin embargo, si hubiera estado intentando seducirla, podría haberlo hecho más abiertamente y habría empezado por deshacerse de la otra pareja. Recordó la ocasión en la que habían reservado un palco privado en la ópera para una representación de La Bohème y él le estuvo haciendo el amor con la mano por debajo del vestido.

Cuando llegó el intermedio, se encendieron las luces. Conrad apartó el brazo para aplaudir. Se puso de pie y la miró.

–¿Os importaría a Hillary y a ti haceros compañía mientras Troy y yo vamos a charlar un rato? Está desarrollando un programa nuevo para evitar el pirateo en el casino.

–Por supuesto que no me importa –replicó ella.

–Gracias –dijo él mientras le agarraba suavemente el rostro con la mano–. No creía que fuera posible, pero estás aún más hermosa que la noche que vimos La Bohème...

Jayne se quedó boquiabierta.

Conrad sabía perfectamente lo que estaba haciendo. Sin duda, había planeado todos sus movimientos a lo largo del día con el expreso propósito de desesperarla. La única cuestión que quedaba por responder era si lo había hecho por la satisfacción de hacerle daño o porque quería asegurarse de que ella no se echara atrás en el último segundo.

Fuera como fuera, aquel era un juego al que podían jugar perfectamente los dos.

Capítulo 3

Conrad redujo la marcha del Jaguar para tomar una curva de la peligrosa carretera. Jayne lo acompañaba en el asiento del pasajero. Después de que terminara el concierto, él había enviado a Troy y a Hillary en la limusina. El Jaguar estaba esperándolos para ayudarle a ejecutar la siguiente parte de su plan. A ella siempre le había gustado conducir de noche a lo largo de la costa y, dado que ninguno de los dos parecía tener muchas ganas de dormir, aquella ruta larga parecía la idea más adecuada para volver a reconquistarla.

Cuando la llevara al ático, quería asegurarse de que se dirigían directamente a la cama. O a la alfombra que había delante de la chimenea.

Desde la noche anterior, el día había transcurrido tal y como lo había previsto. Quería darle tiempo a la pasión para que entrara en estado de ebullición.

La miró y vio que la luz de la luna le iluminaba el rostro. Ansiaba poder acariciarle el cabello. Lo haría pronto. Muy pronto.

Le tocó el brazo ligeramente.

–¿Estás seguro de que no prefieres visitar a Malcolm esta noche?

¿En vez de estar con ella? Ni hablar.

–¿Y apartar a Malcolm de sus admiradoras? Ni siquiera yo sería tan egoísta, Jayne.

–Si estás seguro…

–Esta tarde tuvimos oportunidad de charlar un rato los dos, y también Troy.

–Malcolm parece tan diferente cuando está lejos de los escenarios… Resulta difícil reconciliar al hombre de los vaqueros raídos que tocaba la guitarra en tu salón con el elegante artista ataviado con trajes y corbatas que canta acompañado al piano.

–Parece que Hillary y tú os lleváis muy bien –comentó él cambiando de tema.

–Me ha gustado el día que he pasado con ella y ha resultado agradable tener la opinión de otra mujer para elegir el vestido que ponerme esta noche.

El vestido plateado relucía gracias a la luz del salpicadero. Parecía estar suplicándole a Conrad que se detuviera y que dedicara toda su atención a despojarla de él... Debía tener los ojos en la carretera. Tomó otra curva con el Jaguar. Las luces iluminaron el mar.

Ella lo miró.

–¿En qué estás pensando?

–¿En qué estás tú pensando? –replicó él.

–Bueno, exactamente en lo que querías que pensara. En la noche que fuimos a ver La Bohème.

Muy hábilmente, ella le había puesto la pelota en su campo. Eso era algo que le gustaba de Jayne. Sabía hacerse con el control de la situación, lo que le recordó cómo le había seducido ella en su sillón favorito cuando llegaron a casa después de la ópera.

–Fue una noche... memorable.

–No todo sobre nuestro matrimonio fue malo –admitió ella.

–Esa ópera italiana siempre tendrá un lugar en mi corazón.

Conrad tiró aquel maldito sillón cuando ella se marchó. Después, se dio cuenta de que tenía que tirar la mayor parte de los muebles, incluso la mesa del comedor, que también guardaba muchos recuerdos muy sensuales. El único lugar en el que nunca habían hecho el amor era la habitación de invitados, dado que ella le había dicho que era para los familiares y que, por lo tanto, quedaba fuera de sus límites para el sexo.

Jayne volvió a cubrirse con el echarpe, que se le había deslizado de los hombros. De repente, la temperatura parecía haber bajado más de cincuenta grados.

–Yo creía que Don Giovanni era tu ópera preferida.

–Fue mi favorita durante mucho tiempo. Me sorprende que te acuerdes de que me gustaba.

–Tú te acordaste de que prefiero los bollos rellenos de crema de queso y una infusión de menta para desayunar.

–Estuvimos juntos cuatro años y tenía intención de estar junto a ti el resto de mi vida.

–Yo quería construir una familia contigo –replicó ella muy molesta.

Otro de los sueños de Jayne que él había hecho pedazos. Le había fallado de tantas maneras... La frustración fue acumulándose hasta que se sintió a punto de explotar.

Como ya no confiaba en que pudiera seguir conduciendo, aparcó el coche junto a la carretera, en una zona de descanso. Puso el freno de mano y deseó que le resultara fácil apagar la ira que ardía dentro de él. Una ira dirigida contra sí mismo.

–Te regalé una perrita, maldita sea.

–Yo quería un bebé.

–Está bien... –dijo él inclinándose hacia ella. Esperaba que ella lo abofeteara, cualquier cosa menos que lo mirara con los ojos llenos de lágrimas–. Hagamos un bebé.

Ella le puso las manos contra el pecho y le impidió avanzar.

–¡No te atrevas a burlarte de mí ni de mis sueños! Eso no es justo.

–Hablo muy en serio sobre lo de estar contigo.

–¿Y por eso te mantienes alejado de mí todo el día? –le gritó ella agarrándole con fuerza las solapas del esmoquin–. ¿Por eso te mantuviste alejado de mí tres años? Durante tres años, ignoraste todo intento por mi parte de ponerme en contacto contigo –replicó ella mientras se cruzaba de brazos–. ¿Me has manipulado hoy a propósito sí o no?

Conrad escogió sus palabras muy cuidadosamente. Estaba decidido a pasar los temas más espinosos para que pudieran hacer el amor sin que el pasado se cerniera sobre ellos.

–Me imaginé que, después de lo de anoche, los dos necesitábamos espacio para que pudiéramos disfrutar de esta velada. Soy un hombre coherente –dijo él mientras colocaba la mano sobre el respaldo del asiento. Tenía los dedos a pocos centímetros del cabello de ella. Casi podía saborearla.

–Tal vez creas que eres coherente, pero yo no comprendo la mitad de las cosas que haces, Conrad. Sé que si realmente me amaras, si verdaderamente quisieras permanecer casado conmigo, habrías sido sincero. Sea cual sea el juego al que estás jugando ahora, no tiene nada que ver con el amor –dijo ella. Pronunciaba cada vez más rápido las palabras, como si estas estuvieran derramándose de una botella–. Simplemente no quieres perder. Yo soy otro premio, un desafío. El modo en el que has

jugado hoy conmigo, igual que lo has hecho durante tres años… Todo es un juego para ti.

–Te aseguro que considero que los riesgos son muchos y que, por lo tanto, no estoy de humor para juegos.

–En ese caso, ¿qué es lo que estás haciendo? Este tormento no tiene nada que ver con la paz.

–En eso estoy de acuerdo –susurró él mientras le acariciaba el cabello, la oreja y la suave curva del cuello.

Jayne cerró los ojos.

–¿Estás haciendo todo esto para conseguir que me quede?

–Ya te dije lo que deseo. Una oportunidad para que los dos podamos despedirnos –comentó mientras le acariciaba el lugar donde le latía el pulso en el cuello–. Fuiste tú la que decidió marcharse, no yo. Ahora, después de tres años, veo que vas en serio.

Ella abrió los ojos y lo inmovilizó con la mirada.

–Y aceptas de verdad mi decisión.

–Hace treinta segundos me estabas gritando –susurró mientras le delineaba los labios con los dedos. Entonces, sintió el cálido aliento de Jayne sobre la palma de la mano.

–¿Estás diciendo que yo soy una arpía? –le espetó ella antes de morderle el dedo.

–A mí jamás se me ocurriría decir algo así…

–¿Y por qué no? Yo te he dicho que eres un canalla y cosas peores.

–Soy un canalla y cosas peores –dijo él mientras enmarcaba el rostro de Jayne entre sus manos. Deseaba que ella lo escuchara, que comprendiera por fin lo mucho que significaba para él–, pero también soy un hombre que habría estado cuidándote todos los días de tu vida.

Jayne lo interrogó con la mirada. Tenía la boca tan cerca de la de él que los alientos de ambos se entremezclaban. Sin embargo, algo en la expresión de sus ojos detenía a Conrad.

–¿Todos los días, Conrad? A menos que no se te pueda localizar o que cuando llames lo hagas desde un número privado.

Maldición. Él se apartó.

–Tengo negocios por todo el mundo.

–Eres un disco rallado –dijo ella. Tenía la voz cansada y enojada a la vez–, pero, ¿quién soy yo para juzgarte? Tú no eres el único capaz de guardar secretos.

–¿Qué diablos quieres decir con eso?

–¿Sabes lo que me dio el empujón final? –le preguntó ella con los ojos llenos de lágrimas–. ¿Lo que me hizo marcharme?

–Yo tardé un par de días en devolverte las llamadas y tú te hartaste...

–Siete días, Conrad. Siete días –susurró mientras la primera lágrima comenzaba a deslizársele por la mejilla–. Te llamé porque te necesitaba. Me devolvieron un informe sospechoso de una mamografía y el médico quería hacer una biopsia inmediatamente.

Conrad se volvió hacia ella e hizo ademán de agarrarla por los hombros, para luego detenerse en el último momento. Tenía miedo de tocarla y de disgustarla aún más.

–Dios, Jayne, si lo hubiera sabido...

–Pero no lo sabías –replicó ella apartándole las manos deliberadamente–. Y no te preocupes. Estoy bien. El bulto era benigno, pero habría sido muy agradable tenerte a mi lado esa semana. Por eso, no me digas que me habrías cuidado todos los días de mi vida porque no es cierto.

De repente, él comprendió lo mucho que había defraudado a Jayne. Cerró los ojos y se reclinó sobre su asiento mientras trataba de dominar el impulso de salir del coche para descargar su ira.

Poco a poco, fue recuperando la compostura lo suficiente como para girar la cabeza y volver a mirarla.

–¿Qué le ocurrió a la perrita?

–¿Cómo?

–¿Qué hiciste con Mimi después de que te marcharas?

Mimi. A la que llamaron así por la heroína de La Bohème.

–Está con... con alguien que la cuida.

Por supuesto que se había quedado con la perrita. Jayne no era la clase de persona que deja de lado las cosas buenas de la vida.

Deseó que las oscuras aguas del Mediterráneo le ayudaran a encontrar respuestas. El aroma fresco que emanaba de Jayne le dio tan solo un segundo de advertencia antes de que ella le tomara el rostro entre las manos y comenzara a besarlo.

Desesperada por olvidar el pasado, Jayne selló sus labios contra los de Conrad. Estuviera equivocada o no, necesitaba perderse en el tacto del cuerpo de él contra el suyo. El rugido de las olas chocando contra la costa reflejaba la primitiva urgencia que ardía dentro de ella.

Con un gruñido, Conrad la rodeó con sus fuertes brazos y poseyó sus labios ávidamente. El momento fue absolutamente delicioso. Jayne sintió que se le ponía el vello de punta y que todo su cuerpo temblaba.

Deslizó las manos hasta los fuertes hombros de Conrad y se aferró a él. Aquello era lo que tanto había deseado desde el momento en el que sintió que él se acercaba a ella en el casino. El modo en el que las manos de Conrad le alisaban el cabello y le acariciaban los brazos atizaba el fuego que ardía en su interior. Entre los brazos de él, no tenía que pensar en el dolor del pasado. Al diablo con la paz entre ellos y la resolución de sus problemas. Ella solo deseaba aquel gozo.

La boca de Conrad se deslizó por su mandíbula para bajar un poco más. La incipiente barba suponía una dulce abrasión contra el cuello. Con la cabeza inclinada hacia un lado, ella gemía de placer y acariciaba la fina tela del esmoquin y el cabello de Conrad. Se lo mesaba ávidamente, animándolo a dar más, a aceptar más.

Estaba experimentando un agridulce placer, que le recordaba lo bien que se habían sentido juntos. Sus senos ansiaban las caricias de Conrad, por lo que trató de acercarse a él, de apretarse contra su firme torso. Intentó acercarse más levantando una pierna por encima de la palanca del cambio de marchas.

–Maldita sea… –susurró él.

Le metió las manos por debajo de la chaqueta del esmoquin y hundió las uñas contra las delicadas fibras de la tela de la camisa. Tres años sin sexo, sin él. Conrad le acarició la pierna con la mano y la deslizó por debajo del vestido. Jayne buscaba mucho más que caricias.

–Tómame…

–Tengo la intención de hacerlo –respondió él.

–Aquí no. En casa. Llévame a casa.

Conrad la miró durante un instante, como si estuviera sopesando los riesgos de detenerse.

–¿Estás segura?

–Completamente. Sé lo que quiero. Y no voy a cambiar de opinión sobre estar contigo esta noche.

Ya no era cuestión de ganar o perder, sino de detener el ansia y rezar para poder alcanzar algo de paz, porque el deseo la estaba destrozando.

Se abrazó a él y le mordió el labio inferior.

–Conrad, creo que ya va siendo hora de que estrenemos tus muebles.

Regresaron al casino en un tiempo récord, decidido a llegar al ático antes de que ella cambiara de opinión. Después de volver a besarla, de volver a acariciarla, ardía de deseo por ella. Deseaba hundirse profundamente dentro de ella hasta que los dos se olvidaran de todo menos de lo bien que estaban juntos. Hasta que, de algún modo, compensara a Jayne por todo lo que le había defraudado.

Metió la tarjeta en la ranura y las puertas del ascensor se cerraron. Los espejos reflejaban la imagen de su esposa, tan hermosa que le quitaba por completo el aliento.

–Ven aquí ahora mismo –exigió ella haciéndose con el control del modo que a él le excitaba tanto. Le agarró la chaqueta y tiró de él–. Llevas atormentándome toda la noche con el modo en el que me miras.

Conrad la apretó contra la fría pared. El ascensor comenzó a subir.

–Y tú llevas atormentándome desde el día en el que te conocí.

–¿Y qué vamos a hacer al respecto? –preguntó ella arqueándose contra él.

–Te sugiero que sigamos haciendo esto hasta que los dos podamos averiguar cómo lo vamos a solucionar –susurró él mientras colocaba su boca sobre la de ella, torturándola con ligeros roces y suaves tirones del labio inferior.

–Eso no tiene sentido alguno –murmuró ella entre besos.

Nada de lo que sentía por ella tenía sentido alguno, pero sí era cierto que la deseaba desde la primera vez que la vio. Eso no había cambiado. Le recogió el cabello con la mano y...

–Conrad... Detén el ascensor... para que no tengamos que esperar ni un segundo más.

Conrad apretó el botón.

Jayne abrió los brazos. Le hundió las manos en el cabello, cuyos mechones eran suaves como la seda. Como si ella hubiera escuchado sus pensamientos y hubiera comprendido la necesidad que tenía de que volviera a tocarlo, Jayne le deslizó las manos por los pantalones, frotándolas hasta tal punto que él creyó que iba a alcanzar el orgasmo. Por ello, le agarró la muñeca y se la apartó. Se prometió que pronto, muy pronto, lo tendrían todo.

Las caderas de Jayne se apretaban contra las de él. Conrad, por su parte, le apretaba el muslo entre las piernas, obteniendo como recompensa unos suaves gemidos de placer. La suave textura del vestido ofrecía poca resistencia entre él y la caliente feminidad de ella.

Le levantó el vestido con una mano. Solo un pequeño trozo de raso se interponía entre él y su objetivo. Deslizó un dedo bajo la fina tela y lo retorció hasta que la tela cedió. Ella ronroneó de placer y se ofreció a él. Conrad le bajó las braguitas con la mano y se las metió en el bolsillo. Volvió a acariciarla desde la rodilla hasta el muslo, hasta que los dedos encontraron la dulce y húmeda entrepierna. Le acarició allí suavemente, entre los labios, que estaban henchidos por la pasión.

Sin prisas, acarició y exploró, dándole a ella tiempo para acostumbrarse, para acrecentar su deseo mientras la besaba y murmuraba contra su boca palabras apasionadas. Con la otra mano, le sujetaba la curva perfecta del trasero y la levantaba para que pudiera sentir mejor sus caricias.

Los gemidos de placer de Jayne se fueron haciendo cada vez más rápidos. Los senos se movían contra el torso de Conrad, haciendo que él deseara desesperadamente estar dentro de ella. Le deslizó dos dedos en la cálida humedad, sintiendo cómo las aterciopeladas paredes temblaban ya con las primeras convulsiones del orgasmo. Conocía el cuerpo de Jayne y cómo se expresaba perfectamente. Con los dedos aún hundidos dentro de ella, le apretó la palma contra el clítoris y lo acarició. Ella se meneó con fuerza como respuesta, rogándole que no se detuviera. Estaba ya tan cerca…

Conrad deseaba ponerse de rodillas para terminar con la boca lo que había estado haciendo, para llenarse los sentidos con el olor de su cuerpo, pero no se atrevía hasta que estuvieran detrás de una puerta cerrada. Muy pronto, le haría el amor con mucho más que con la mano. La llevaría al orgasmo una y otra vez, observando cómo el placer se le reflejaba en el rostro.

Jayne tenía la cabeza echada atrás y las manos en los hombros de Conrad. Él deslizaba los labios por el cuello de ella sintiendo cómo se arqueaba entre sus brazos. Los gritos de placer que le procuró el orgasmo resonaron en los confines del ascensor, mezclándose con la música que salía suavemente de los altavoces. Conrad observó cómo su hermoso rostro expresaba un profundo gozo con los ojos cerrados y los labios entreabiertos por los gemidos. Jayne sacó la punta de la lengua para deslizársela por el labio inferior y ese gesto excitó aún más a Conrad. La deseaba tanto...

El cuerpo de Jayne comenzó a relajarse después del clímax. Conrad la sujetó, estrechándola contra su cuerpo.

Una alarma resonó en los oídos de ambos. El ascensor comenzó a subir de nuevo.

–Conrad... –dijo ella alarmada, abriendo los ojos de par en par.

–Es el sistema por si el ascensor se estropea.

–Ah... –susurró ella. Rápidamente comenzó a bajarse el vestido.

Entonces, las puertas se abrieron y los dos entraron en el ático. Jayne se quitó los zapatos. Tenía las pupilas dilatadas por el deseo. Conrad le quitó el echarpe de los hombros y lo dejó sobre una estantería. Entonces, la hizo avanzar por el pasillo. Quería volver a poseer a su esposa de nuevo sobre la cama, el lugar que no deberían haber abandonado nunca.

Cuando se dispuso a encender la luz, se dio cuenta de que la luz ya estaba encendida. Él siempre apagaba las luces cuando se marchaba y los del servicio de limpieza jamás acudían por la noche.

Había alguien en el ático. Debería haberse dado cuenta. Con rapidez, colocó a Jayne a sus espaldas. Entonces, examinó el salón y encontró al intruso.

Llevaba su habitual traje gris y corbata roja. El coronel Salvatore estaba sentado en un sillón frente a la chimenea, con el teléfono móvil en la mano.

Inmediatamente, el coronel dejó el teléfono y se puso de pie. Tenía el ceño más fruncido que de costumbre.

–Conrad, tenemos un problema.

Jayne aún estaba algo aturdida. Miró confusa al inesperado invitado que los esperaba en el salón. Reconoció al antiguo director de Conrad. Sabía que los dos se habían mantenido en contacto a lo largo de los años, pero no hasta el punto de que el coronel pudiera entrar en su casa cuando ellos estaban fuera.

Se calzó rápidamente y con cuidado, consciente de que ya no llevaba braguitas.

–Jayne, el coronel y yo tenemos que hablar en privado. Coronel, si no le importa acompañarme a mi despacho.

Salvatore no se movió ni un ápice.

–Esto tiene que ver con tu esposa y con su seguridad.

¿Seguridad? Jayne sintió un escalofrío en la espalda que acabó con los retazos de la pasión que había experimentado en el ascensor. Si aquello tenía que ver con ella, no se iba a marchar a ninguna parte.

–Un momento. No entiendo nada. ¿Qué tiene que ver todo esto conmigo?

El coronel miró a Conrad.

–Tienes que decírselo. Todo.

Conrad cuadró los hombros y apretó la mandíbula. El tierno amante de minutos anteriores había desaparecido por completo.

–Señor, con todos mis respetos, creo que usted y yo deberíamos hablar primero a solas.

–No aconsejaría dejarla aquí sola, ni siquiera para que nosotros podamos hablar –insistió Salvatore en tono firme–. Ya no es momento de discreción. Ella tiene que saberlo. Ahora mismo.

Jayne miraba de uno a otro como si estuviera observando un partido de tenis. Algo muy importante estaba ocurriendo allí, algo que seguramente cambiaría su vida. El miedo y la aprensión se apoderaron de ella. No sabía qué era lo que le daba más miedo, si el hecho de que aquel hombre pensara que ella estaba en serio peligro o que estuviera a punto de averiguar algo importante sobre su reservado marido. Se sentó en el sofá y esperó.

Conrad se colocó frente a la chimenea. No se sentó. Iba a hacer lo que Salvatore le había pedido, fuera lo que fuera lo que el coronel quisiera de él. El modo en el que Salvatore se dirigía a él expresaba que había entre ellos una relación oficial, casi como si fueran jefe y empleado, algo que no tenía ningún sentido para ella.

–Jayne –empezó Conrad–, mi estilo de vida con los casinos me da acceso a personas muy importantes. Me proporciona la capacidad de viajar por todo el mundo sin levantar sospechas. Algunas veces, las autoridades utilizan esa habilidad para conseguir información.

–¿Acceso a qué, exactamente? ¿De qué personas estás hablando? ¿Qué clase de información?

–Trabajo para el cuartel general que la Interpol tiene en Lyon reclutando y organizando agentes por todo el mundo.

–Trabajas para la Interpol… –dijo ella muy lentamente y sin dejar de mirar a Conrad. De repente, todas las ausencias de años empezaron a cobrar sentido–. Tú trabajas para la Interpol.

Durante todos aquellos años, él no la había estado engañando. No había estado siguiendo los pasos de su padre. Sin embargo, no se sintió aliviada. Incluso en aquellos momentos, él había estado dispuesto a hacerle el amor con un secreto tan grande entre ellos.

La ira y el sentimiento de traición se apoderaron de ella al pensar en todos los secretos que él no había compartido con ella. De hecho, comprendió que él jamás le hubiera dicho nada si su jefe no se lo hubiera exigido. Había tenido derecho a saber al menos algo de una parte de su vida que la afectaba a ella profundamente. Sin embargo, él había preferido arruinar su matrimonio en vez de darle al menos una somera explicación de su doble vida.

Y pensar que había estado a punto de arrancarse la ropa y volver a meterse en la cama con él a pesar de que él no había cambiado en absoluto. La húmeda entrepierna le recordaba lo fácilmente que se había abierto para él una vez más. Una parte de ella esperaba que él negara lo que acababa de decir y que le diera una explicación mucho más creíble.

Excepto que él se limitó a asentir antes de volverse de nuevo a John Salvatore.

–Coronel, ¿podemos volver a centrarnos en el tema de la seguridad de Jayne?

–Tenemos razones para creer que el sujeto de tu investigación más reciente podría haber descubierto tu identidad, tal vez a través de un topo en la organización. Está furioso y quiere vengarse.

–¿Quién exactamente va detrás de Conrad?

Los dos hombres intercambiaron miradas. Antes de que pudieran negarse a darle aquella información, ella insistió.

–Si no cuento con toda la información, eso nos pone a todos en peligro. ¿Cómo puedo tener cuidado si ni siquiera sé de quién debo protegerme?

Salvatore se aclaró la garganta.

–¿Ha oído usted hablar de un hombre llamado Vladik Zhutov?

Jayne sintió que el corazón se le detenía.

–Claro que he oído hablar de él. Ha salido en las noticias. Es el responsable de una importante mafia de falsificación. Él solo trató de manipular la divisa de un pequeño país para afectar el resultado de unas elecciones. Ya está en la cárcel, ¿no?

–Incluso en la cárcel –dijo el coronel–, puede ejercer su influencia. Tenemos razones para temer que él podría estar intentando utilizarla contra Conrad.

Jayne se agarró a la silla más cercaba para no caerse. La ira que sentía hacia Conrad cobró un segundo plano por el miedo que sentía por su seguridad. Se le hizo un nudo en el estómago al imaginarse el mundo sin Conrad.

–¿Está diciendo usted que ese hombre quiere hacerle daño a Conrad? –preguntó ella. Por fin, tuvo que sentarse.

Salvatore se acercó a ella y se sentó a su lado.

–Señora Hughes, Jayne, me temo que es mucho más complicado que todo eso. Nuestros servicios de inteligencia indican que Zhutov ha estado en contacto con asesinos a sueldo muy experimentados. Creen que la mejor manera de vengarse es ir tras lo que significa más para Conrad. Y tú, querida, eres el talón de Aquiles de Conrad.

El pensamiento de que alguien, quien fuera, pudiera utilizar a Jayne para hacerle daño a él lo llenaba de ira.

El coronel, como siempre, se había hecho cargo de la situación. Le había mostrado a Jayne su identificación y se había ofrecido a llevarla al cuartel general de la Interpol en Lyon. Haría todo lo que fuera necesario para que ella se sintiera protegida, pero había que darse prisa para garantizar la seguridad de Jayne.

Una cosa quedaba clara: tenían que marcharse de Montecarlo aquella misma noche.

Salvatore siguió explicándole la situación a Jayne con un tono de voz suave y tranquilo.

–Cuando llegue el momento de organizar lo referente a su trabajo y a su perro, tiene que dar una historia plausible que también conduzca a la gente de Zhutov en la dirección equivocada.

Ella parpadeó, pero mantuvo admirablemente la compostura teniendo en cuenta todo lo que había tenido que escuchar.

–¿Cree que tengo pinchado el teléfono?

–Probablemente no –respondió Salvatore–. Y aunque lo esté, el ático está equipado con un dispositivo que destruye la señal. Sin embargo, eso no impide que hayan colocado algún instrumento de escucha en el otro lado, lo que podemos utilizar como ventaja nuestra diciendo lo que queremos que crean.

–Esto es una locura… –susurró ella.

–Estoy de acuerdo –afirmó Salvatore–. Sinceramente, espero que estemos equivocados y que todo esto se resuelva rápidamente. Sin embargo, no nos podemos permitir correr ningún riesgo. Tienes que decir que estás terminando de limar todos los detalles del divorcio con Conrad y que todo está llevando más tiempo de lo que habías esperado.

Jayne asintió.

–Voy a la cocina, si no es un problema.

–Tómate tu tiempo. Recupera el aliento, pero ten en cuenta que tenemos que marcharnos antes del amanecer.

Jayne miró a su esposo con confusión, ira y un fuerte sentimiento de traición antes de desaparecer en la cocina.

Salvatore se aclaró la garganta.

–¿Tienes algo que decir, Hughes?

Tenía muchas cosas que decir, pero debía centrarse en la tarea que más le preocupaba.

–Con mis debidos respetos, coronel, creo que es mejor que me reserve mis opiniones y que me centre en cómo diablos vamos a mantener alejada a Jayne del radar de ese megalómano.

–Tengo fe en que podrás hacerlo perfectamente.

Aquella respuesta por parte del coronel encendió aún más a Conrad. Se acercó a su superior y, entre dientes para que Jayne no pudiera oír nada, le espetó:

–Si tiene tanta fe en mí, ¿a qué ha venido este espectáculo delante de mi esposa?

–¿Espectáculo?

–Le ha metido el miedo en el cuerpo. Le ha contado mi trabajo con la Interpol.

–Aún no me puedo creer que nunca se lo dijeras. Pensaba que eras mucho más inteligente que eso, muchacho.

–No importa lo que usted piense. Yo tenía que tomar esa decisión. Cuando me casé con ella, le dije a usted que no quería que ella se implicara en ese lado de mi vida por su propia seguridad.

–Pues me parece a mí que la has puesto más en peligro no contándoselo. Hasta ella se ha dado cuenta de eso.

Conrad pensó que eso ya no lo podrían saber nunca, pero la posibilidad había surgido en el peor momento posible.

–Gracias por la explicación. Ahora, pasemos a cómo nos vamos a ocupar de Zhutov. Si mi personalidad encubierta está comprometida...

Las ramificaciones de esa posibilidad se apoderaron de él. Se dio cuenta de que, incluso cuando Jayne estuviera protegida, aquella línea de trabajo podría quedar cerrada para él para siempre. Podría ser que, sin la Interpol en su vida, pudiera recuperar a su esposa.

Pero eso debería ser más tarde. En aquellos momentos, tendría que concentrarse en que nadie le tocara ni un solo cabello.

Jayne se apoyó contra la encimera con el teléfono móvil apretado contra el pecho. Las mentiras que acababa de decir le habían dejado un regusto desagradable en la boca, por no mencionar que acababa de solicitar una ausencia no remunerada de su trabajo.

Se suponía que aquel iba a ser un viaje sencillo para atar los cabos sueltos de su matrimonio... Decididamente, nada relacionado con Conrad era sencillo.

Como si sus pensamientos hubieran conjurado la presencia de él, Conrad apareció en el umbral de la cocina. Se había quitado la chaqueta del esmoquin y la corbata y se había desabrochado el cuello de la camisa. Tenía un pequeño arañazo en el cuello que seguramente ella le había hecho en el ascensor, y el pelo alborotado.

Jayne dejó el teléfono sobre la encimera.

–¿Me podrías devolver mis braguitas?

Conrad se metió la mano en el bolsillo y sacó la desgarrada tela. En realidad, era ridículo que le pidiera que se las devolviera, porque eran inútiles, pero parecía que de ese modo ella quería reclamar su terreno y poner distancia entre ellos.

–Gracias –dijo. Agarró las braguitas y las arrojó a la basura. Entonces, se volvió para enfrentarse a él.–. Trabajas para la Interpol.

Conrad se metió las manos en los bolsillos y se apoyó contra el umbral de la puerta.

–Aparentemente.

–¿Cómo puedes seguir sin admitirlo? –le espetó sin poder contenerse–. Tu jefe me lo acaba de confirmar. ¿Qué clase de canalla retorcido eres? ¿Acaso te gusta tomarme el pelo de esta manera?

–Te aseguro que te lo oculté por tu propia seguridad.

–No me lo creo. Te conozco demasiado bien. No me lo dijiste porque entonces habrías tenido que comprometerte al cien por cien con nuestro matrimonio. Jamás quisiste que durara o habrías encontrado el modo de tranquilizarme a lo largo de todos esos años.

Conrad podría haberle dicho algo, lo que fuera. Sin embargo, ni siquiera había tratado de encontrar una respuesta racional que justificara sus ausencias. Simplemente, se marchaba.

–Pensaba que te preocuparías más…

–¿Acaso crees que no me preocupaba cuando no sabía dónde estabas ni qué estabas haciendo? –le espetó ella. Recordó las noches de insomnio–. Al principio, cuando no podía localizarte, tenía miedo de que te hubiera ocurrido algo. Tardé mucho tiempo en llegar a la conclusión de que debías estar engañándome, igual que mi padre había hecho con mi madre.

–Te aseguro que jamás me acosté con otra mujer.

–Eso lo sé. Lo deduje incluso entonces –admitió ella–. Sin embargo, me mentías. Me engañabas con tu maldito trabajo.

–¿Crees que los agentes tenemos el lujo de imprimir un itinerario para sus parejas?

–Por supuesto que no. No soy tan ingenua. Sin embargo, el coronel Salvatore ha dejado muy claro esta noche que podrías haberme dicho algo si hubieras querido.

–Elegí hacer lo que creía que era mejor para ti –replicó él con los labios muy tensos.

–¿Y creíste que lo mejor era sacrificar nuestro matrimonio? Porque esa es la decisión que tomaste en nombre de los dos sin ni siquiera darme la opción de decidir por mí mismo.

–No pienso disculparme por mantenerte a salvo.

–Muy bien, pero ahora considera cómo te sentirías si la situación fuera a la inversa y fuera yo quien desaparece durante días y días sin dar explicación. O lo que habrías pensado si yo te hubiera dejado para que celebraras nuestro aniversario en solitario.

Conrad la había llevado a un hotel para parejas en las Seychelles, un lugar muy romántico y exótico. Desgraciadamente, la dejó sentada en el comedor a ella sola. Como siempre, no le dijo ni una sola palabra.

–Y pensar que he estado a punto de volver a caer en tus brazos... Bueno, ahora ya no tengo que preocuparme de eso. He decidido olvidarme de ti, Conrad Hughes.

Con eso, Jayne se dispuso a salir por la puerta. Y lo habría hecho si él no le hubiera agarrado el brazo.

–Ahora no te puedes marchar. Por muy enojada que estés conmigo, no es seguro que salgas sola.

–Eso ya me lo ha explicado tu jefe. Gracias. Simplemente iba a hacer la maleta. A mi habitación. Sola.

Conrad la soltó, deslizándole la mano por el brazo, lo que le provocó una traidora sensación de placer en el vientre. Tuvo que apretar las piernas para poder controlar el húmedo deseo que aún le ardía entre las piernas.

–¿Has podido solucionar las cosas con tu trabajo y con Mimi?

–Sí. Ella está bien, pero Anthony no puede cuidar de ella indefinidamente. Tiene que viajar por su trabajo, pero ya solucionaremos eso más tarde.

–Anthony... –dijo él.

–Sí. Es el sobrino de un antiguo paciente –respondió, a pesar de que no le debía explicación alguna

–Y él cuida de tu perra mientras no estás en casa.

–No es que estemos saliendo...

–Todavía. Por eso has venido a Montecarlo, ¿verdad? Para poder seguir libremente con tu vida con ese Anthony o con cualquier otro hombre –replicó él–. Creo que ya me lo imagino claramente...

Resultaba evidente que ese pensamiento no le hacía feliz. Era una pena.

–No tienes derecho a enfadarte conmigo. Yo soy a la que se ha mentido.

–En ese caso, supongo que eso hace que sea más fácil que lo dos pasemos un tiempo a solas –dijo él. Se apartó del umbral y rozó de pasada el hombro de Jayne con el suyo.

–Haz las maletas, tesoro. Nos vamos de vacaciones familiares.

Capítulo 4

Los cristales tintados y blindados del balcón le ofrecían a Conrad la protección que necesitaba para escapar del claustrofóbico ambiente del ático.

Jayne ya había escogido quien lo reemplazaría. Conrad había comprendido por fin que ella había acudido a Montecarlo para terminar su matrimonio y así poder empezar una nueva vida con otro hombre. Eso si no lo había hecho ya.

No creía que se estuviera acostando con aquel hombre. Jayne era una mujer muy honrada con sus principios. Por supuesto, no pensaba que se hubiera mantenido célibe durante tres años, pero no habría estado a punto de tener relaciones sexuales con él si ya estuviera comprometida con otro hombre. Su integridad era una de las cosas que más le habían atraído desde el principio.

Por primera vez además Conrad comprendía lo mucho que debió de echar de menos su carrera como enfermera cuando vivió con él en Montecarlo. Jamás se le había ocurrido pensar lo largos y solitarios que habrían sido sus días en el principado.

Mirando atrás, llegó a la conclusión de que debería haberla dejado en paz. Se merecía la ira de Jayne y mucho más. Se había equivocado al casarse con ella sabiendo que él jamás le diría lo de su trabajo para la Interpol. Se había engañado diciendo que se lo ocultaba por la necesidad de protegerla, pero, en lo más profundo de su ser, sabía que siempre había temido que necesitara el trabajo más de lo que la necesitaba a ella, que necesitara aquella válvula de escape, un modo de canalizar la parte de su padre que vivía dentro de él, la parte que había estado a punto de llevarlo a la cárcel en la adolescencia.

Sin embargo, se había vuelto tan loco por Jayne que se había convencido de que todo funcionaría. Desgraciadamente, tan solo había conseguido retrasar lo inevitable. Estaba pagando el precio por su error. Sintió deseos de dar un puñetazo en la pared. La vida de Jayne podría estar en peligro por su culpa. Si algo le ocurría a ella, no se lo perdonaría jamás.

Examinó la bahía. De repente, todos los yates y cruceros que iluminaban las aguas del Mediterráneo eran sospechosos.

Un sonido procedente de la puerta hizo que se diera la vuelta inmediatamente con la mano sobre la pistola que llevaba colgada bajo el brazo.

Troy Donavan apareció en la puerta con su sombrero de fieltro en la mano.

–¡Un momento! ¡No dispares a tu doble!

–¿Mi qué?

Donavan salió al balcón.

–Tu doble. Yo viajaré haciéndome pasar por ti y tú haciéndote pasar por mí. Si alguien decide vigilar nuestros movimientos y lo consigue, irán en la dirección equivocada –apuntó. Dejó el sombrero sobre una silla–. Salvatore dijo que no vamos a salir hasta dentro de un par de horas. Yo puedo vigilar a Jayne mientras tú duermes un rato.

–Estoy bien, pero gracias. Ser insomne tiene sus ventajas. ¿Te ha enviado Salvatore a ver cómo estoy después de lo ocurrido con Jayne?

–Me ha alertado de lo que ocurre con Zhutov y la preocupación por tu esposa. Sé cómo me sentiría en tu lugar y sé que no es nada agradable.

Su amigo tenía razón. Conrad no sabía cómo Donavan podía tener a Hillary tan metida en el mundo de la Interpol. De hecho, ella había empezado a prepararse para participar en futuras misiones.

–Tengo que alejar a Jayne todo lo que sea posible de esto…

–Te prometo, hermano, que si Zhutov pronuncia tan solo el nombre de Jayne, se arrepentirá de ello. Tienes que creerme.

–Después de que todo esto haya terminado tengo que dejarla ir –susurró con pena–. Me equivoqué al pensar que podría tenerla a ella y a mi trabajo.

–Muchas personas realizan trabajos muy peligrosos y tienen una vida personal. No puedes esperar que los policías, bomberos, militares o agentes especiales no tengan familia. Lo mejor que puedes hacer con Jayne es no dejarla marchar.

–Sí…

–¿Y por qué no sonríes? ¿Quieres hablar de lo que te está corroyendo por dentro?

–En realidad, no.

–Está bien.

Sin embargo, Conrad ya no podía dejar de hablar.

–Es que ella... No puedo olvidarme de ella...

–Eso es lo que hacen las mujeres. Se te meten muy dentro –replicó él con una sonrisa.

–Está saliendo con otro hombre...

–Maldita sea... Eso tiene que doler mucho, pero hace ya tres años desde que os separasteis. ¿De verdad esperabas que ninguno de los dos volviera a estar con nadie?

Conrad miró de nuevo hacia la bahía. Entonces, Troy comprendió.

–Un momento. ¿Me estás diciendo que no has estado con ninguna otra mujer mientras habéis estado separados?

Conrad siguió en silencio.

–Pero la prensa...

–Mienten –respondió Conrad tristemente.

Donavan lo miró fijamente sin molestarse siquiera en ocultar su sorpresa.

–¿No has estado con nadie en tres años?

–Soy un hombre casado –dijo él–. Y un hombre casado no engaña a su mujer. No está bien.

Donavan se frotó el rostro con las manos y luego sacudió la cabeza, como para librarse de la sorpresa que le había producido aquel comentario.

–A ver si lo entiendo... No has visto a tu esposa desde que ella se marchó, lo que significa que no has tenido relaciones sexuales con nadie en tres años... No me lo puedo creer.

–Eres un genio.

–Debes de estar pasándotelo muy bien tú solo en la ducha... –comentó Donavan con un silbido.

–Tu compasión hacia mí es abrumadora...

–A mí me parece que no es compasión lo que tú necesitas, sino...

–Gracias –le interrumpió él. No quería que las palabras de Donavan le pusieran imágenes equivocadas en la cabeza–. Puedo ocuparme de mi propia vida. Mira, Donavan, ¿no tienes algún trabajo informático que tengas que hacer antes de que nos marchemos?

–Puedes disimular todo lo que quieras, hermano, pero yo al menos voy a dormir junto a una mujer – replicó Troy tras darle un puñetazo en el brazo.

Conrad levantó una ceja, pero prefería las bromas a la compasión, algo que sin duda su amigo comprendía muy bien.

–Si me vuelves a dar un puñetazo, te voy a dar una buena paliza.

Donavan recogió su sombrero.

–Hoy todo el mundo me quiere dar una paliza. ¿A qué viene eso?

–¡Lárgate de aquí antes de que te parta por la mitad!

–Como me das pena, me voy a largar de aquí –repuso él–, pero me voy a llevar una botella de tu whisky para que no te sientas mal por asustarme de ese modo.

–Idiota.

–Siento lo mucho que me quieres, hermano –dijo Troy mientras abría la puerta para entrar en el ático–. ¿Te veré dentro más tarde?

–Por supuesto –afirmó Conrad–. Y gracias.

Donavan asintió. No necesitaban más palabras. Su amigo le había ayudado a relajarse lo suficiente para poder ver de nuevo las cosas claras. Necesitaba mantener la mirada puesta en los objetivos. Mantener a Jayne a salvo a cualquier precio.

Tal vez él no era el hombre que ella se merecía, pero sí que era el hombre que necesitaba.

Jayne sacó su pequeña maleta al salón. Se había quitado el traje de noche y había conseguido serenarse un poco, si eso era posible después de que su mundo se hubiera puesto patas arriba en cuestión de minutos.

El sol ni siquiera había salido. Si no les hubieran interrumpido, en aquellos momentos estaría en la cama de Conrad.

Se daba cuenta de que el secreto de Conrad era noble. Se trataba de una profesión que impartía justicia, tan diferente de la vida secreta de su propio padre, de su segunda

familia con una amante y dos hijos. Sin embargo, el hecho de que él hubiera podido engañarla tan fácilmente le dolía aún a un nivel muy profundo.

Con una amenaza cerniéndose sobre ella, ni siquiera tenía el lujo de poder distanciarse para asimilar lo ocurrido.

Los Donavan estaban allí sentados, charlando mientras tomaban un vaso de agua con gas. Se sentía muy incómoda por el hecho de que Hillary y Troy fueran a hacerse pasar por ellos. Pensar que cualquiera podría sufrir daño por su culpa le ponía enferma. Sin embargo, su opinión no contaba.

Se había dado cuenta de lo fácilmente que Hillary había pasado a formar parte del plan. Aparentemente, no todos los operativos de la Interpol ocultaban secretos a sus esposas. ¿Por qué no había podido tener ella esa clase de relación con su esposo? ¿Qué tenía ella de malo para que Conrad jamás hubiera considerado siquiera confiar en ella?

Justo en aquel momento, Conrad salió de su dormitorio. Había cambiado su estilo de ropa oscura y formal por algo más en consonancia con el modo de vestir de Troy. Jayne no podía apartar los ojos de su esposo, al verlo vestido con unos vaqueros y un jersey, sin afeitar y con el espeso cabello de punta.

–Menos mal que estás ya preparada. Salvatore debería llegar en cualquier momento. Está organizando el viaje, junto con cierta información que se filtrará a la prensa para desviar la atención. ¿Se me ha olvidado algo? –le preguntó a su esposa.

–Solo esto –respondió Hillary con uno de los sombreros de su esposo en la mano. Se acercó a Conrad–. Deberías ponértelo y peinarte el cabello un poco más. Toma –añadió mientras se humedecía los dedos con un poco de su agua–. Con esto vale, dado que no tienes tiempo de volver a ducharte.

Troy se atragantó con su agua. Conrad lo miró con desaprobación. Jayne se preguntó qué demonios les ocurría a los dos amigos.

Conrad aceptó el sombrero de fieltro que le ofrecía Hillary.

–Muy bien. Gracias. Cuidaré bien de este sombrero.

–Y de paso cuídate tú –le recomendó Hillary mientras que Troy le rodeaba la cintura con un brazo.

–Acaba de llegarme un mensaje de texto de Salvatore –anunció Troy con el teléfono en la mano–. Ha llegado la hora.

Troy y Hillary se despidieron precipitadamente de ellos y Conrad y Jayne se metieron en el ascensor. Troy inclinó la cabeza hacia la de su esposa para escuchar algo. Los dos parecían estar tan bien juntos, tan sincronizados en medio de aquel caos, que los celos se apoderaron de Jayne. Cuando se cerraron las puertas del ascensor, ella deseó que sus sentimientos pudieran sellarse del mismo modo. Se volvió hacia Conrad.

–¿Adónde vamos?

Conrad consultó su teléfono móvil.

–Al avión.

–Y el avión va a dirigirse a…

Conrad levantó la mirada, que era penetrante e impenetrable a la vez.

–A algún lugar muy lejos de aquí.

–Ahora que conozco tu doble vida, puedes ser sincero conmigo.

Jayne le arrebató el sombrero, que él se había colocado bajo el brazo. El gesto hizo que se le entreabriera la chaqueta; vio que llevaba una pistola en el costado.

–Oh…

Conrad volvió a taparse el arma.

–Las personas a las que ayudo a arrestar no se andan con chiquitas. Son muy peligrosos. Puedes estar todo lo enfadada que quieras conmigo, pero tendrás que confiar en mí, aunque solo sea por esta vez, y ahorrarte las preguntas para cuando lleguemos al avión. Te prometo que te diré todo lo que quieras saber después de que hayamos despegado. ¿De acuerdo?

¿Todo lo que ella quisiera saber? Jayne no podía resistirse a aquella promesa. Sacó un pañuelo de seda con el que cubrirse el cabello.

–Está bien.

Cuando el avión alcanzó velocidad de crucero, Conrad respiró aliviado por primera vez desde que encontró a Salvatore esperándolo en el ático. Estaba ya mucho más cerca de tener a Jayne en el último lugar del mundo en el que nadie pudiera pensar en encontrarlos.

Jayne no había dejado de mirarlo desde que se marcharon del ático. Estaba sentada frente a él, con el pañuelo de seda en la mano, deslizándoselo de una mano a otra

entre los dedos. Hasta aquel momento, no se había dado cuenta de que se vestía con colores más llamativos últimamente, lo que demostraba que había empezado una nueva vida.

Sin duda, el interrogatorio no tardaría en empezar y él tendría que responder a todas sus preguntas. Le debía eso y mucho más. Tomó su taza de café y le dio un sorbo.

–Ya estamos en el aire y me debes respuestas –dijo ella mientras dejaba el pañuelo y se disponía a servirse miel en el té–. ¿Adónde vamos?

–A África.

Ella lo miró fijamente por encima del borde de la taza.

–Justo cuando creía que ya no podrías sorprenderme... ¿Nos vamos a alojar en algún sitio como en esa isla donde planeamos pasar nuestro primer aniversario?

–No –replicó él. Captó muy bien la indirecta–. Vamos a África Occidental. Tengo una casa allí.

–Algo más que no sabía de ti. ¿Algo así como uno de esos sitios de safari?

–Algo parecido. La compré justo antes de que nos separáramos. Un caso me llevó a... No importa. Tienes razón. Te debería haber informado de una adquisición de tanta importancia.

–Si es tu casa, ¿no nos encontrarán allí fácilmente?

–La finca se compró con el nombre de una sociedad, que nadie puede vincular conmigo.

–Bueno, si los periodistas aún no lo han descubierto, debe de ser un lugar seguro –comentó ella con una media sonrisa–. ¿Y el plan es esconderse en África indefinidamente?

–¿Qué le dijiste a Anthony?

–Es mi momento de hacer preguntas –le dijo ella muy amablemente–, le dije que divorciarme de mi marido estaba siendo más difícil de lo que había esperado. Que necesitábamos tiempo para solucionar las cosas. Se mostró comprensivo. Recuerda que prometiste responder a mis preguntas.

–Hace muchos años, mis amigos y yo nos llamábamos entre nosotros La Hermandad Alpha.

–Seguís estando muy unidos. ¿Todos trabajan para...?

–Te ruego que no preguntes.

–Tú me dijiste que te podría preguntar lo que quisiera –insistió ella.

Conrad pensó un instante en lo que podía decir sin mentir.

–Si me ocurriera algo y tú necesitaras algo, podrías llamarlos. Ellos se pueden poner en contacto con Salvatore. ¿Te sirve eso como respuesta?

Jayne lo miró durante un largo tiempo, tanto que él pensó que iba a seguir preguntando. Entonces, ella asintió y se reclinó en la butaca.

–Gracias. Sigue con la historia de La Hermandad Alpha.

–En el internado, había dos clases de chicos, los que querían proseguir en el Ejército y convertirse en militares de uniforme, y unos cuantos que tenían que aprender disciplina.

¿Sabía ella que cuando se había reclinado, las piernas se le habían quedado estiradas de una forma muy insinuante? Quería agacharse y acariciarle la pantorrilla. Verla con aquellos vaqueros y aquellas botas de cuero disparaba la adrenalina de su ya excitado cuerpo.

Se tomó otro trago de café porque, de repente, la boca se le había quedado seca.

–Algunos de los que estábamos en ese segundo grupo nos dimos cuenta de la conveniencia de canalizar esas tendencias rebeldes si queríamos mantenernos alejados de la cárcel. Después de que termináramos la universidad, Salvatore nos ofreció una manera de pagar nuestras culpas y seguir jugando al margen de la ley, pero honorablemente.

–El honor es muy importante para ti. Has insistido siempre en no mentir nunca a pesar de no contar la verdad.

Conrad se dio cuenta de lo mucho que le había contado mientras le miraba las piernas como un adolescente excitado. También se dio cuenta de que Jayne estaba jugando con él igual que Conrad había jugado con ella en el pasado, utilizando la atracción sexual para dirigir sus conversaciones.

–Mi padre era un canalla, Jayne. Me pone enfermo pensar que el resto del mundo lo considerara un gran filántropo. Ganaba mucho dinero y lo daba a obras benéficas. Sin embargo, lo hacía engañando al mismo tipo de personas a las que fingía ayudar.

Ella colocó una mano encima de la de él.

–Comprendo muy bien lo que es perder fe en tu padre. Duele mucho.

La había tocado, la había acariciado, le había hecho el amor mil veces, pero no recordaba haberle dado nunca la mano.

–Supongo que eso lo tenemos en común. Durante mucho tiempo, yo me tragué las mentiras de mi padre. Pensaba que era una especie de dios...

–Nunca me contaste lo que tu madre pensaba de los delitos de tu padre...

–Ella era su contable –comentó él encogiéndose de hombros–. El coronel Salvatore fue la primera persona que me impuso disciplina. Ahora tengo mi propio código de honor, Jayne. Tengo que ser capaz de mirarme en el espejo y este trabajo es el único modo que conozco para conseguirlo.

Le dio la vuelta a la mano de Jayne y le acarició suavemente la línea de la vida con el pulgar.

–¿Y ahora qué ocurre?

–¿Qué quieres decir?

–En el ascensor estuvimos a punto de volver a hacer el amor...

Jayne se tensó con una mezcla de deseo y frustración.

–¿Y quieres que lo retomemos donde lo dejamos?

–¿Qué le parecería eso al que te está cuidando el perro?

Jayne suspiró.

–¿Sigues celoso incluso después de que te haya dicho que no estoy saliendo con él?

–¿Estás pensando hacerlo cuando te marches?

Conrad lo tenía que saber, aunque la respuesta le doliera.

–Sinceramente, cuando fui a Montecarlo pensé que así sería, pero ahora ya no estoy segura.

Conrad hizo ademán de tomarla entre sus brazos, pero ella lo detuvo moviendo firmemente la cabeza.

–Maldita sea, Jayne...

–No he terminado. No te tomes lo que he dicho como una señal inequívoca para que los dos empecemos a desnudarnos mutuamente. Quiero llevar una vida normal, con un marido que esté siempre a mi lado. Quiero el final feliz con hijos y una familia de verdad. Tal vez todo eso te parezca muy aburrido, pero no puedo fingir que encajo en este estilo de vida que tú tienes, en el que compartimos una cama y poco más. ¿Me entiendes?

Conrad cerró los ojos y, sin poder evitarlo, se la imaginó sentada en un porche con un canalla con suerte mientras los hijos de ambos jugaban en el jardín.

–Pensar que podrías estar con otro hombre me corroe por dentro…

–Llevamos tres años separados. Has seguido con tu vida, ¿por qué no puedo hacerlo yo? –concluyó ella mientras le soltaba la mano.

–¿Y eso quién lo dice?

–Todas las revistas que hay en los quioscos.

–Revistas… ¿Es de ahí de donde sacas las noticias sobre mí? –le preguntó él riendo, aunque no por ello se sentía mejor–. Y yo que pensaba que te habías graduado en la escuela de enfermería con unas notas inmejorables.

–¿Me estás diciendo que no es cierto? –replicó ella–. ¿Que no has estado con ninguna otra mujer desde que nos separamos?

Conrad se inclinó sobre la mesa hasta que su boca estuvo a pocos centímetros de la de ella. Sentía el aliento de Jayne sobre sus labios y sabía que ella sentía el de él. Las pupilas de Jayne se dilataron de anticipación y, sin embargo, él no se movió. No iba a besarla en aquel momento, cuando estaba furioso.

La miró a los ojos y simplemente dijo:

–Yo soy un hombre casado, y me tomo muy seriamente ese compromiso.

Jayne era su esposa. La única mujer a la que había amado. Debería hacer todo lo posible porque ella fuera feliz. Era un genio de Wall Street, un empresario multimillonario y agente de la Interpol. Sin embargo, en aquellos momentos, no tenía ni idea de cómo enmendar la situación con Jayne. De hecho, no sabía si sería capaz de enmendarla nunca.

Capítulo 5

La verja de la casa de Conrad en África estaba abierta de par en par. Jayne tuvo que admitir que, por segunda vez en menos de veinticuatro horas, la había dejado sin palabras. Había esperado una imponente mansión, protegida por altos muros y los sistemas de seguridad más avanzados. Aquel lugar era... demasiado sencillo.

Sin embargo, su belleza le quitó por completo el aliento. La casa, de estilo parecido al de un rancho, estaba construida sobre una pequeña meseta natural que tenía vistas a un río. Estaba construida de madera y parecía una casa auténticamente africana, no de las que se construyen especialmente para los turistas. Completamente rodeada por un enorme porche, en el que había mecedoras y mesas desde las que podía admirar el río, la casa estaba cercada de palmeras y de manglares.

Miró a Conrad y se preguntó qué era lo que le había llevado a comprar una casa justo antes de que se separaran. Sin embargo, el rostro de su esposo no le daba pista alguna.

Como el calor había ido aumentando, él había dejado el abrigo sobre el asiento trasero del coche y solo llevaba los vaqueros y una camisa remangada. Como aquella casa, no necesitaba ropa lujosa para quitarle a Jayne el aliento. Su presencia ya era suficiente tentación.

Tenía más preguntas y más dudas que antes y estar allí a solas con él iba a resultar muy complicado. La atracción seguía presente, tan fiera como siempre.

–No es lo que yo había esperado. Todo esto es demasiado tranquilo.

–Me gusta la tranquilidad que se respira aquí –dijo él.

–Si querías estar en un lugar tranquilo, hay lugares mucho más cercanos a casa que África.

–Cierto, pero yo quería este, y dado que tengo mucho dinero... –replicó él mientras sacaba el equipaje–. Puedo tener todo lo que quiera, aunque no a la gente que quiero...

–¿Y la seguridad? ¿No veo vallas ni cámaras?

–No las viste, pero están. Son las mejores, gracias a nuestro buen amigo Troy. Si alguien cruza el perímetro, lo sabremos –respondió él. Subió los escalones y abrió una portezuela para dejar al descubierto un panel electrónico–. Te mostraré cómo funciona todo para que no dependas de mí si surge una emergencia.

Jayne subió las escaleras y acarició una mecedora con un dedo, poniéndola involuntariamente en movimiento.

–Jayne –dijo él. Ya tenía la puerta abierta–. ¿Lista?

–Por supuesto –mintió, y lo siguió al interior de la casa.

Definitivamente, aquella casa no era la típica de un safari. Había cuadros, y cada uno de ellos representaba una imagen única de África. En el enorme salón había una gigantesca chimenea de piedra y un sofá dominaba el espacio. Por el pasillo, se veían al menos cinco puertas, pero ella se sintió atraída desde el amplio ventanal desde el que se dominaba el río: un pequeño rebaño de antílopes vadeaba en el agua para beber, mientras que un hipopótamo descansaba en la orilla opuesta.

–Jayne... Debes de estar muy cansada dado que anoche no dormimos, por lo que creo que te mostraré la casa más tarde. Sin embargo, hay un lugar que tienes que ver ahora.

Conrad hizo que ella lo acompañara y se detuvo delante de una acuarela de Picasso. Entonces, deslizó la pintura hacia un lado para dejar al descubierto otro panel como el que ella había visto junto a la puerta principal. Después de marcar algo en el teclado, Conrad dio un paso atrás. Las tablas de la pared se deslizaron automáticamente y dejaron al descubierto un pasaje.

–Esta es la habitación del pánico –dijo Conrad mientras le entregaba una tarjeta con una serie de números–. Ese es el código. En caso de emergencia, no dudes en utilizarla. No me esperes. Yo me puedo cuidar mucho mejor solo si no tengo que preocuparme por ti.

Jayne recordó las palabras de Salvatore. Ella era el talón de Aquiles de Conrad. Su presencia lo colocaba a él en peligro.

Los ojos se le llenaron de lágrimas. Deseaba tanto que él la tomara entre sus brazos...

–Jayne, todo va a salir bien –susurró él–. Tienes que dormir un rato y yo tengo que comprobar que todo esté en orden. Hablaremos más tarde.

Mientras él le mostraba la habitación de invitados, no pudo evitar desear poder dormir entre sus brazos.

Conrad marcó el código de la habitación del pánico, que era donde guardaba todo su equipo de comunicación y seguridad. La casa funcionaba con energía solar y tenía conexión vía satélite, por lo que no estaba aislada del mundo. Además, guardaba suficiente agua y comida no perecedera como para poder soportar un asedio.

Aquella habitación sin ventanas tenía todo lo que él pudiera necesitar: cama, cocina, cuarto de baño y una pequeña sala de estar. Tenía una pantalla para poder observar el exterior y un completo sistema informático guardado en la pared y listo para colocarse sobre una mesa que, al estilo de una tabla de planchar, se bajaba de la pared.

Se colocó delante del ordenador y tomó el teléfono vía satélite. Tenía que hablar con Salvatore. Su jefe respondió casi inmediatamente.

–Sí –rugió el coronel.

–Hemos llegado y nos hemos instalado. Todo en orden. ¿Cómo están las cosas por allí?

–Se ha retirado el dinero de la cuenta de Zhutov y tenemos imágenes, que te estoy enviando en estos momentos, de sus socios hablando con un asesino a sueldo. Los tenemos a todos vigilados.

–Revisaré las cuentas de su mujer una vez más. Lo que no entiendo es por qué no se le han congelado todas.

–Hacemos lo que podemos y lo sabes.

–Pues hay que hacer más –dijo él mientras repasaba las columnas que reflejaban las transferencias bancarias.

–Hughes, te aseguro que mi gente está trabajando en esto. Deberías dormir. Estarías más alerta.

–¿Igual que duerme usted?

El coronel era un adicto al trabajo. Cuando estaban en la academia, todos pensaban que su director era un robot que no necesitaba dormir. Parecía que siempre estaba alerta, día y noche.

Salvatore suspiró.

–Ve con tu mujer. Arregla tu matrimonio. Vuelve a encauzar tu vida.

–Señor, con los debidos respetos, ya la vio en Montecarlo. Estaba furiosa.

–Lo que vi fue una mujer a la que habían estado besando apasionadamente en el ascensor.

–Le aseguro que no ayuda en nada tratando de ejercer de cupido.

–Espero que hayáis tenido una larga charla en el avión sobre el trabajo que tú realizas para mí.

Justo lo que Conrad necesitaba en aquellos momentos, un sermón sobre cómo había mandado al garete su matrimonio.

–Gracias por la sugerencia, señor. Lo tendré en cuenta.

El coronel se echó a reír.

–Tan testarudo como siempre, Hughes. Déjame a mí la investigación. Tu trabajo es mantener un perfil bajo y ocuparte de que tu esposa y tú estéis a salvo. Comunícate conmigo si necesitas algo.

Conrad desconectó la llamada y dejó el teléfono a un lado.

Tres infructuosas horas más tarde apagó el ordenador lleno de frustración. No había encontrado nada en ninguna base de datos. No entendía nada. Recordó las palabras de Salvatore: su trabajo era proteger a Jayne. El viejo coronel tenía razón. Conrad no serviría de nada si estaba agotado.

Salió de la habitación del pánico y la selló. Lo mejor sería abrir un poco la puerta del dormitorio de Jayne para poder oír si le ocurría algo incluso estando dormida.

Mala idea. Ver cómo Jayne dormía era una tortura. Tenía las piernas enredadas en las sábanas, el camisón se le había subido. Su sedosa melena se extendía por la almohada como si fuera una delicada cortina de seda.

Dormía de costado, abrazada a la almohada. Tal y como él recordaba. Si hubieran seguido juntos, se habría acurrucado junto a ella y habría encajado su cuerpo perfectamente con el de su esposa.

Cansado de torturarse, se dio la vuelta y regresó al salón. Sacó una manta de un armario y apiló dos cojines. Aunque su mente se resistía a relajarse, su cuerpo exigía descanso. No hacía más que pensar en Jayne y en lo poco que les había faltado para hacer el amor.

Los sueños de Conrad eran los que más la atormentaban. La fantasía y la realidad se mezclaban hasta el punto de que no sabía si obligarse a despertar o aferrarse al sueño.

La Bohème se repetía constantemente en su pensamiento, sobre todo el primer acto, pero ¿por qué se representaba la ópera en una falúa en el río? La confusión amenazaba con despertarla hasta que las manos de Conrad se le deslizaron por los senos y la obligaron a aferrarse al mundo de los sueños, donde podía sentarse con su marido en el porche y escuchar.

Él deslizó las manos hasta las piernas, le levantó el vestido e introdujo una mano bajo la delicada tela. Ella sintió cómo él fruncía el ceño y se dio cuenta de que llevaba unos vaqueros debajo del vestido.

La confusión se apoderó de ella. Se miró los pies desnudos y los vaqueros. Necesitaba liberarse de aquella prenda para poder sentir las caricias de Conrad. Sus rugidos de frustración se fueron haciendo cada vez más fuertes hasta que el porche se desintegró por las vibraciones. Ella estaba de pie en medio de los escombros mientras veía que una manada de elefantes se acercaba a toda prisa desde el horizonte.

Los pies desnudos se movían contra las sábanas. Luchaba por despertarse antes de que las bestias la alcanzaran. Los elefantes rugían a su espalda, haciendo retumbar el suelo con sus potentes pisadas mientras una orquesta interpretaba el último acto de la ópera. El pecho le dolía y trató de tomar aire.

Entonces, se tropezó con las raíces de un árbol. Golpeó el suelo con las manos y, de repente, se encontró en el Mediterráneo, frente al casino de Conrad. Comenzó a hundirse y, a medida que lo hacía, las aguas se iban haciendo más oscuras hasta que tocó el fondo.

Se encontraba encerrada en la habitación del pánico. Había una ventana en el techo. Jayne miró a través del cristal y trató de encontrar una salida. La desesperación le comprimía los pulmones. Conrad estaba en el balcón, lejos de ella, tomándose su copa de whisky. Ella no podía llegar hasta él y Conrad no podía oír sus gritos de advertencia para que tuviera cuidado con la manada.

¿Acaso los hombres no oían siempre cómo les llamaba las sirenas?

El balcón se llenó de un humo espeso y asfixiante. Conrad desapareció.

Jayne se sentó en la cama. Estaba completamente despierta. Parpadeó en la oscuridad de aquel dormitorio desconocido para ella. Una ligera mosquitera colgaba del dosel. Nada de lo ocurrido era real.

Bueno, lo único real era la habitación del pánico y la amenaza que se cernía sobre ellos. El miedo por Conrad se apoderó de ella. Jayne lo había puesto en peligro tan solo por estar con él. Menuda manera de pagarle por todos los años en los que él se había esforzado por mantenerla a salvo de su peligroso trabajo. Había logrado separar parte de los sentimientos de traición y no podía evitar sentir una profunda admiración. Conrad era un buen hombre y ella, sin saberlo, había sido su talón de Aquiles.

Le dolía pensarlo. Lamentaba muchas cosas. El cuerpo le ardía por el deseo de sentir sus caricias. Con el dolor de haberlo perdido aún fresco en el pensamiento, supo sin duda alguna que, aquella noche, tenía que estar con Conrad.

Conrad miró fijamente el ventilador que daba vueltas incesantemente en el techo. El sonido era tan suave que supo que aquello no era lo que le había despertado.

¿Qué había sido?

Tenía la alarma puesta. Había entreabierto el dormitorio de Jayne. Nadie podría haber entrado en la casa sin que él lo supiera y Jayne ni siquiera podría haber estornudado sin que él se enterara. Sin embargo, estaba seguro de que había escuchado gritos ahogados.

Tomó la pistola y salió corriendo por el pasillo, con cuidado de no hacer demasiado ruido para no alertar a un posible intruso.

Con mucho cuidado, abrió la puerta de la habitación de invitados. Vio a Jayne de pie, casi al lado de la puerta. Aquella visión le despertó inmediatamente la libido. La pistola se le cayó de la mano. El corto camisón le quedaba por encima de las rodillas. El encaje acariciaba suavemente la cremosa piel. El camisón tenía un color tan parecido al del vestido que ella había llevado a La Bohème aquella noche tan memorable que estuvo a punto de caerse de espaldas. La seda se le ceñía a las curvas tal y como sus manos ansiaban hacer, tal y como había soñado con hacer cada noche desde que ella lo abandonó.

–¿Ocurre algo? Te he oído gritar en sueños.

–Ha sido solo una pesadilla –exclamó ella. Se mesó el cabello con las manos, levantándoselo y estirando al mismo tiempo la tela del camisón por encima de los senos.

Conrad apartó la mirada del pecho de Jayne. Ella dio un paso al frente con los pies desnudos y lo miró con los ojos entornados.

–El próximo paso sería que yo me arrojara a tus brazos y que hiciéramos el amor.

Jayne estaba muy cerca de él, pero sin tocarle. Conrad sabía que si ella le tocaba, perdería por completo el control. Por alguna razón, ella había tomado la iniciativa y parecía dispuesta a seducirle. Sin embargo, lo haría por razones equivocadas, dado que se sentiría muy vulnerable con lo que le había asustado en su sueño.

No podía aprovecharse de ella mientras estaba presa de los temores de una pesadilla. Sin embargo, tampoco podía dejarla sola y asustada.

Se agarró a la puerta para no abrazarla y salió al pasillo.

–Creo que necesitamos salir de esta habitación.

–¿Por qué? –preguntó ella mientras se mordisqueaba el labio inferior.

–Tenemos que salir. Confía en mí.

–¿Que confíe en ti? ¡Qué bueno es eso viniendo de ti! –exclamó ella riendo.

–Está bien. Me lo merezco. Aunque también podrías confiar en mí porque tú eres mejor persona que yo.

–Está bien.

Jayne le agarró la mano y, entonces, se apoyó contra él mientras los dos avanzaban por el pasillo. El ligero aroma del champú que ella utilizaba le torturaba la nariz. La necesidad de tomarla entre sus brazos era más fuerte que nunca. Maldición. Se suponía que él debía protegerla, reconfortarla. Refrenó unos pensamientos alimentados por tres años de abstinencia.

Llegaron al salón y él la condujo al sofá.

–Siéntate. Iré a la cocina a por algo de comer.

Jayne se sentó en el sofá y se acurrucó entre los cojines.

–Solo un poco de agua, por favor.

Eso le daría a Conrad el tiempo necesario para refrenar la potente erección, aunque necesitaría el tiempo necesario para crear un menú de cinco platos para aliviar su doloroso estado.

Sacó dos botellas de agua del frigorífico y regresó al salón. Abrió una de las botellas y se la pasó a ella.

–Veamos una película.

–¿Una película?

–Incluso estoy dispuesto a ver una película de chicas. O podemos hablar…

Conrad se dio cuenta de que Salvatore tenía razón. Debería hablar con Jayne y hablarle más del hombre con el que se había casado, del hombre con el que tanto deseaba volver a meterse en la cama. Jayne estaba allí por culpa de él. Los dos tenían que andarse con cuidado por su culpa. Al menos le debía una perspectiva mejor y por qué había arruinado las vidas de tantos incluyendo las de ellos.

Se sentó a su lado y se quitó la pistolera. La dejó sobre la mesa. Trató de encontrar el modo de empezar y decidió que el mejor modo de hacerlo era por el principio.

–Ya sabes lo que hice en mi adolescencia, pero creo que jamás te he explicado por qué.

Ella se incorporó en el sofá, como si quisiera indicarle así que le estaba prestando atención.

–Un muchacho adolescente es probablemente la creación más necia del planeta. Eso, acompañado de un gran ego y de la falta de una guía moral, supone la receta perfecta para encontrarse con problemas. Estaba fuera de control y odiaba la vida. La chica que me gustaba me había dejado porque sus padres no querían que se relacionara con mi familia. Su padre era policía. Eso me escoció mucho y decidí demostrarle a él y al sistema de justicia lo estúpidos que eran porque yo, un adolescente, iba a hacer lo que ellos no podían. Haría que los corruptos pagaran.

–Tenías buenas intenciones. Todos los periódicos que leí decían eso. Sí, investigué. Dejaste al descubierto a las empresas corruptas –susurró ella.

–No tanto. Verás, podría haber infiltrado los registros de mi padre y los de sus amigos y entregarlos de ese modo a las autoridades. Y podría haber tenido mejor motivación que vengarme de una chica o dejar a mi padre en evidencia. Sin embargo, quería hacer una afirmación. Quería que él viera que, aunque yo no hiciera las cosas a su manera, seguía siendo tan inteligente como él porque yo me libraría.

Ella no se apresuró para consolarle, pero tampoco se apartó de él.

–Rebuscado, ¿verdad? Quería hundir a mi padre y, al mismo tiempo, conseguir que él se sintiera orgullos de mí.

–Eso debió empeorar aún más el hecho de que te detuvieran.

–Eso es lo más irónico de todo esto. No me descubrieron. Me habría salido con la mía –dijo él.

–Entonces, ¿cómo terminaste en ese internado cuyo objetivo era regenerarte?

–Descubrí que uno de los presidentes de un negocio al que yo había ayudado a hundir con mis ventas de valores se había quitado la vida. Por eso, me entregué a la policía con toda la información sobre lo que había hecho y todo lo que había podido descubrir sobre mi padre.

–Y te condenaron a una sentencia más favorable por haberte entregado... Lo que ocurrió fue horrible, Conrad, pero fuiste capaz de entregarte con todas esas pruebas a pesar de que te incriminaban. Eso es muy importante.

–El hecho de que yo me entregara no contó para nada –replicó él con una carcajada–. Me enviaron a ese internado en vez de a un reformatorio porque mi padre contrató a los mejores abogados. Él se quitó los cargos más importantes y yo me evité ir a la cárcel.

Los abogados de su padre se habían asegurado de que la prensa se enterara de que todas las empresas investigadas eran culpables de explotación infantil en talleres de ultramar, y él se convirtió en una especie de caballero andante para los huérfanos. La presión había obligado al juez a ofrecerle un trato. Con el coronel como tutor, los otros chicos y él aprendieron a crearse un código ético y les dio la oportunidad de enmendar lo que estaba mal dentro de los parámetros de la ley.

–Tuve mucha suerte de entrar en el programa de Salvatore. Le debo más que la vida, Jayne... Le debo el respeto hacia mí mismo –susurró. La emoción le atenazaba la garganta.

Sin decir palabra alguna, ella le abrazó y lo estrechó contra su cuerpo. Conrad apretó la frente contra el hombro de ella y aspiró el dulce y limpio aroma que emanaba de su cuerpo. Jayne era demasiado buena para él. Siempre lo había sido.

–Conrad, el coronel Salvatore no podría haber construido nada dentro de ti si los cimientos y todas las partes esenciales de tu ser no hubieran sido firmes. Eres un buen hombre –susurró ella. Comenzó a acariciarle la nuca suavemente con los dedos, un gesto que lo excitaba y lo tranquilizaba a la vez. Entonces, le dio un beso en la sien antes de tomarle el rostro entre las manos y mirarle fijamente a los ojos–. Creo que los dos llevamos sufriendo ya demasiado tiempo.

Conrad pensó que había llegado el momento en el que ella lo mandaría a paseo para siempre. Por fin, tendría que aceptar que todo había terminado entre ellos y que ella deseaba seguir con su vida, con la vida que se merecía. Encontraría al hombre que esperaba, el que le daría un hogar lleno de niños.

–Jayne, te aseguro que jamás fue mi intención hacerte daño... –murmuró–. Solo quería que fueras feliz...

Jayne lo miró profundamente a los ojos.

–En ese caso, hazme el amor...

Capítulo 6

Jayne se inclinó hacia delante y acarició la boca de Conrad con la suya.

Aquella confesión confirmaba a la perfección que él era mejor hombre de lo que creía y que, a pesar de todo lo que hubiera pasado entre ellos, no le iba a dar la espalda en aquellos momentos.

Se arqueó hacia él y, tras levantar una pierna, se sentó a horcajadas sobre él. Se colocó justamente encima de su potente erección. Se movió una vez, dos veces, hasta que sintió que él gruñía de placer. Entonces, Conrad levantó los brazos y la estrechó contra su cuerpo.

Un ronroneo de alivio resonó en la garganta de Jayne.

–¿Estás segura de que es esto lo que deseas? –le preguntó él sin dejar de besarla.

–Por supuesto. Creo que los dos hemos esperado ya más que suficiente.

Afortunadamente, él la escuchó y accedió. La colocó encima del sofá y se tumbó sobre ella, apretándola contra los cojines.

El deseo líquido le recorrió las venas de una forma potente y casi dolorosa. Había estado despierta tantas noches, deseándolo, sintiendo la tentación de tomar el teléfono y llamarle tan solo para escuchar el sonido de su voz.

Le desabrochó los botones de la camisa y le apartó la tela violentamente de los hombros. Entonces, se la quitó. Suspiró y le colocó las manos en el torso, para deslizárselas luego por los hombros y por la espalda. El calor que emanaba su piel desnuda le atravesaba el camisón, haciendo que los pechos vibraran de deseo. ¿Cómo había podido pasar los últimos tres años sin él? ¿Sin aquello?

Deslizó una mano entre ambos y le acarició la erección a través de la bragueta del vaquero, haciéndola aún más potente. Entonces, le abrió el botón y le bajó la cremallera para meterle la mano en los bóxer. Conrad gruñó de placer.

La firme masculinidad le llenaba la mano. Conrad se movió encima de ella. Jayne le agarró los hombros para inmovilizarlo.

–¿Sabes una cosa? –le preguntó mientras le apretaba con fuerza el trasero–. He venido preparada...

–En ese caso, tenemos suerte.- Se levantó y le ofreció una seductora imagen, con los vaqueros medio bajados y el torso al descubierto.

Antes de que Jayne pudiera decir nada más, Conrad la tomó entre sus brazos. Ella sonrió y le lamió el lóbulo de la oreja. El dulce aroma de su colonia se mezclaba con el de su piel. Jayne aspiró profundamente y ansió sentir su cuerpo hasta el punto que incluso el delicado camisón le molestaba contra la piel.

Conrad abrió la puerta de su dormitorio con el hombro. Jayne vio una imponente cama de teca que estaba situada junto a la ventana. Con mucho cuidado, él apartó la mosquitera y la depositó en el centro de la cama, sobre una delicada colcha. Entonces, sacó una caja de preservativos de su maleta y la arrojó sobre la cama. Por último, se tumbó de nuevo sobre ella.

Con manos ágiles y competentes, le quitó el camisón. Después, comenzó a depositar delicados besos en su vientre hasta llegar al borde de las braguitas. Las atrapó entre los dientes y tiró de ellas. Cuando comenzó a besarla entre las piernas, ella sintió que su cuerpo se volvía completamente líquido. Los movimientos de la lengua y los delicados besos la llevaron al borde del orgasmo demasiado rápido. Ella le clavó las uñas en los hombros y lo hizo levantarse, pero él se detuvo por el camino y comenzó a lamerle un pezón del mismo modo en el que lo había hecho con el clítoris.

Jayne se retorcía de placer encima de la colcha. Ansiaba llevar lo que estaba ocurriendo entre ellos más allá. Entonces, él reemplazó la lengua por la mano y subió por encima de ella hasta colocarse mejor, de manera que pudiera acariciarle entre las piernas al tiempo que le besaba el seno con una sincronía casi perfecta. Conrad la conocía. Sabía lo que ella quería. Por eso, comenzó a acariciarle el clítoris con el pulgar mientras le introducía profundamente dos dedos, estimulándola justamente en el lugar exacto.

Jayne gimió de placer y se apretó todo lo que pudo contra la mano.

–Déjate de juegos. Te quiero dentro de mí...

–Puedes estar segura de que ahí es justamente donde yo quiero estar también, pero te deseo tanto y ha pasado tanto tiempo que sé que no voy a durar. Por eso, debo ocuparme primero de ti.

Ella le acarició, tocándole la punta mojada. Estaba tan cerca ya...

–Yo también he estado sin sexo demasiado tiempo –susurró ella. Agarró el paquete de preservativos y sacó uno–. No esperemos más. Si alcanzamos rápidamente el orgasmo, ya nos lo tomaremos con más calma después. Yo no puedo esperar más.

Ella misma le puso el preservativo. Conrad le sujetó el rostro y la miró a los ojos.

–No ha habido nadie después de ti. Nadie es capaz de excitarme del modo en el que lo haces tú. Solo te deseo a ti...

Aquellas palabras hicieron que Jayne se quedara inmóvil. Quería creerle. Y lo creía porque ella sentía lo mismo. Entonces, él la besó. Le introdujo la lengua entre los labios al mismo tiempo que la penetraba. La llenó completamente. El dulce roce de su torso le estimulaba los pezones. Los fuertes músculos de las piernas se le flexionaban con cada embestida. Jayne apretó los talones contra el colchón y se levantó para recibirlo más plenamente. La tensión la empujó un poco más cerca. Se agarró al cabecero de la cama. Quería aferrarse a lo que estaba sintiendo con tanta fuerza como lo estaba haciendo con el cabecero, pero Conrad la había acercado demasiado al orgasmo con la boca y con sus hábiles caricias.

Una embestida más le bastó. El placer se apoderó de ella, tensándola por completo. Se arqueó hacia él al tiempo que apretaba la cabeza contra la almohada. Conrad comenzó a susurrar entre dientes, con voz ronca. A pesar de que ella había dudado tanto sobre su relación, comprendió que lo que él le había dicho de los últimos tres años era verdad. Conrad le pertenecía. Lo abrazó con fuerza y sintió cómo él se derrumbaba sobre ella. Le acarició suavemente la espalda con los dedos y las piernas con los pies...

Comprendió por fin que él había sufrido tanto como ella por su separación. Y comprendió, más que nunca, que jamás podría volver a separarse de él.

Conrad tenía abrazada a su esposa mientras dormía. Jayne estaba de nuevo en su cama. Le había hecho el amor dos veces más, pero seguía sin ser suficiente. Tenía la barbilla apoyada sobre la cabeza de ella. El sudor que les cubría la piel sellaba sus cuerpos. La espalda de Jayne estaba contra su torso y, cada vez que ella respiraba, se apretaba más contra él, despertándole de nuevo una erección con dolorosa intensidad. Extendió una mano para cubrirle un seno y se llenó la palma de la mano con su cremosa redondez. Ella gimió en sueños e inmediatamente el pezón se irguió firme.

Jayne formaba parte de él. Hacer el amor con ella le había hecho ver que le sería imposible dejarla marchar. Podría recuperar a Jayne sin más ausencias inexplicadas.

Se dio cuenta de los errores del pasado. Se había esforzado demasiado por hacer que ella formara parte de su mundo en Montecarlo.

Jayne se rebulló en sueños y se arqueó contra su mano. El trasero se apretó contra su vientre y lo excitó aún más.

Jayne suspiró y lo miró por encima del hombro con ojos adormilados.

–¿Ya es de día? –le preguntó ella.

–Todavía no. Sigue durmiendo. Tenemos mucho tiempo...

–Bueno... es que ya no tengo sueño –susurró ella mientras le acariciaba el cabello–. ¿Qué tenemos planeado para hoy?

–Tengo algunas ideas. ¿Qué es lo que quieres hacer tú?

–Desayunar. Un desayuno muy grande. Después de anoche, necesitaré más pastas y té que nunca.

–Estoy seguro de que podré hacer algo al respecto. He aprendido a hacer unos huevos deliciosos.

–Suena fenomenal. También he notado que te ha dado por la decoración.

Conrad comprendió inmediatamente.

–Tener tus cosas en el ático me traía demasiados recuerdos. Resultaba más fácil seguir adelante deshaciéndome de ellas.

–Sin embargo, no lo cambiaste todo. La habitación de invitados la dejaste intacta.

–Era la única habitación del ático en la que no habíamos hecho el amor.

Jayne permaneció en silencio durante unos instantes. Entonces, lo miró por encima del hombro y sonrió.

–Menos mal que no lo hicimos nunca en el Bentley. Sería una pena que te hubieras deshecho también de un coche tan especial.

–Tienes razón –replicó él. La besó, preguntándose si tendría que quemar aquella cama si ella volvía a abandonarlo–. Los dos hemos hecho cambios en nuestras vidas. ¿Qué te llevó a dejar de ser enfermera de urgencias para trabajar en una residencia de enfermos terminales?

–Veo que también te has informado de mí. ¿Y por qué crees tú?

–Bueno, sabes que no tienes por qué trabajar. Ocurra lo que ocurra entre nosotros, yo me ocuparé de ti.

Jayne apartó las sábanas e hizo ademán de levantarse.

–No necesito que nadie se ocupe de mí.

–¡Vaya! Espera un momento –dijo él agarrándola por la cintura–. No quería ofenderte. Solo comentaba el hecho de que estamos casados. Lo que es mío, es tuyo. Al cincuenta por ciento.

–No dejes que tu abogado sepa que renuncias tan fácilmente a tus propiedades.

–No. Tienes razón.

Jayne se sentó sobre la cama, de espaldas a Conrad. Él se incorporó y comenzó a acariciarle suavemente la piel para tratar de arreglar lo que había estropeado.

–Háblame de tu nuevo trabajo.

–Cuando regresé a Miami, acepté trabajar en una residencia como algo temporal hasta que quedara disponible un puesto más acorde con mi experiencia laboral. Entonces, me di cuenta de que no quería dejar el trabajo. Algo cambió dentro de mí.

–¿El qué?

–Creo que me atrajeron las urgencias porque no había peligro de que mi corazón se implicara con nadie. No quiero decir que no sienta nada por mis pacientes, sino que no había tiempo para formar una relación con alguien que abandona tus cuidados en muy poco tiempo. Tenía problemas relacionándome con los demás –admitió ella. Se dejó caer de nuevo sobre la cama, en brazos de Conrad–. Ahora, encuentro una profunda satisfacción en reconfortar a personas que están en las circunstancias más difíciles de su vida. Tal vez suene extraño, pero...

–En absoluto –musitó él mientras la estrechaba con fuerza contra su cuerpo.

–Bueno, dejemos ya la charla deprimente sobre el pasado. No sé tú, pero se me ocurre un modo mucho más placentero de pasar el tiempo ahora que estoy completamente despierta.

Jayne estiró la mano para tomar un preservativo de la mesilla de noche y se lo dio a Conrad. Entonces, comenzó a sonreírle seductoramente por encima del hombro mientras le acariciaba la pantorrilla con el pie, invitándole. Conrad no podía rechazar una invitación como aquella, sobre todo porque después de haber estado tanto tiempo sin ella, le resultaba imposible saciarse. Una y otra vez había sentido la tentación de

volar a Miami para pedirle que regresara a casa con él. Como si ella lo hubiera aceptado de buen grado.

En vez de eso, se había limitado a devolverle los papeles de divorcio con la esperanza de que ella tuviera que ir a llevárselos personalmente. Había merecido la pena esperar.

La acarició suavemente, deslizándole los dedos entre los húmedos pliegues, estimulándola para que se abriera un poco más. Con dos dedos, realizó movimientos circulares cada vez más rápidos, apretando y pellizcando con la presión que sabía que a ella le gustaba. Jayne suspiró de placer y, justo cuando estaba al borde del clímax, él le enganchó la rodilla con un brazo y colocó la erección cerca de todo lo que había soñado mientras se tomaba las largas duchas sin ella.

Se hundió en Jayne, su esposa, jurándose que aquella vez no se permitiría perderla y que no volvería a dejar que nada de su pasado la afectara a ella.

Jayne estaba en la orilla del río, observando cómo las gacelas se deslizaban entre los altos juncos que había al otro lado del agua para beber.

Una y otra vez, él le había dado explosivos orgasmos, para después prepararle un delicioso desayuno aquella mañana. Habían charlado y reído, realizando todo lo que ella había soñado.

Se giró para mirar hacia la casa y vio a su marido dando un paseo y hablando por teléfono. Le había dicho que tenía que hablar con Salvatore antes de mostrarle la finca. Aparentemente, había otros edificios e incluso un pequeño pueblo más allá de las colinas. Tenía que admitir que sentía curiosidad por lo que lo había atraído de aquel lugar. La casa era muy diferente del glamour de sus otras viviendas.

Y eso le daba esperanza, tanta que había llamado a Anthony y lo había organizado todo para que una compañera de trabajo se hiciera cargo de Mimi. Si quería hacer que la relación con Conrad funcionara, tenía que cortar todo vínculo con Anthony, con el que había considerado salir.

A los pocos minutos, vio que Conrad bajaba por la colina para dirigirse a ella. Al llegar a su lado, le rodeó los hombros con el brazo.

–Los chicos de Salvatore aún están investigando. Se ha retirado una sospechosa cantidad de dinero de la cuenta de la esposa de Zhutov. Salvatore espera tener respuestas más concretas a última hora de hoy.

–¿Y qué sabes de Troy y Hillary?

–Están a salvo en las Bahamas, en un casino, y sin señales de que nadie pueda estar siguiéndolos. Por lo que parece, están disfrutando de unas buenas vacaciones.

–Entonces, ¿podría ser que todo esto se quedara en nada?

–En nada, no –afirmó él–. Estamos aquí juntos.

¿Durante cuánto tiempo? ¿Lo suficiente para recuperar su vida juntos? Jayne deseó que pudieran quedarse allí para siempre.

–¿Dormiste algo anoche?

–Tres o cuatro horas. Estoy bien.

–Claro que lo estás –replicó ella antes de darle un beso.

–Bueno, ¿estás preparada para que te enseñe todo esto?

–Por supuesto.

El viento susurraba por la ventaba del coche mientras se dirigían a un pequeño grupo de edificaciones. Se veían coches y filas de personas, adultos y niños. ¿Sería un colegio? Había un edificio más grande, rodeado de otros más pequeños.

Aquel lugar no era una escuela. Conrad la había llevado a una clínica.

Conrad observó a su esposa. Sentía una gran curiosidad sobre lo que ella pensaría de la clínica que él había construido. Lo había hecho como tributo a ella y a la luz que Jayne había llevado a su mundo. A pesar de cómo había terminado su matrimonio, los cuatro años pasados con ella habían sido lo mejor de su vida.

Ella le había hecho muchas preguntas sobre su padre y sobre su arresto buscando un modo de exonerarle. Sin embargo, no parecía comprender que él había cometido un delito y que era culpable. No había justificación alguna.

Su vida en la actualidad tenía que dedicarse a enmendar agravios. El pequeño hospital era parte de eso gracias a una misión que lo había enviado a la zona hacía cuatro años y que lo había marcado profundamente. Había estado colaborando con una investigación sobre el tráfico de heroína por medio de un casino en Sudáfrica y cuyo rastro terminaba en la costa. La misión había tenido un resultado satisfactorio, pero él no había experimentado sensación alguna de victoria.

Sus noches se veían turbadas por las imágenes de los muchachos de la calle, que se organizaban en bandas criminales. No importaba cuantos cabecillas derrocara

Conrad. Otro no tardaba en ocupar su lugar. No había nadie parecido a Salvatore que se ocupara de aquellos muchachos y que los ayudara a cambiar de vida.

Conrad abrió la puerta del coche para que Jayne pudiera bajar. La reacción de ella era tan importante para él que experimentó una profunda tensión en el pecho. Filas de pacientes esperaban junto a la puerta para que los trataran, desde una simple vacuna, pasando por medicina prenatal hasta el tratamiento del sida.

Él no era un Salvatore, pero al menos podía darles a aquellas personas un alivio en su vida. Podría asegurarse de que los niños crecieran fuertes y saludables. Conseguir que tuvieran una oportunidad.

Jayne le dio la mano y salió del todoterreno.

–Esto es mucho más de lo que yo hubiera esperado.

–Se ocupa de la población de tres pueblos y hay pacientes que vienen incluso de más lejos.

Jayne se puso la mano a modo de visera y miró a su alrededor. Allí había hasta un patio de juegos, donde los muchachos jugaban al fútbol levantando una polvareda a su alrededor.

Los pacientes llegaban en coche y a pie. Unos llevaban ropa más occidental mientras que otros se vestían con prendas nativas. A un lado, había un camión de reparto y una ambulancia. No eran nuevos, pero se encontraban en buenas condiciones.

Conrad señaló al médico, que acababa de salir por las puertas dobles del edificio principal.

–Y aquí está nuestro guía, el doctor Rowan Boothe.

Otro de los protegidos de Salvatore. Boothe y Conrad no habían sido nunca amigos. Desde el primer día, Boothe se había mantenido reservado, haciendo lo que debía hacer. Por el contrario, Conrad se había dedicado a pelearse mientras que Boothe se había martirizado a sí mismo haciendo innumerables horas de servicio a la comunidad.

Al médico no le gustaba mucho Conrad y este no podía culparle por ello. Conrad se lo había hecho pasar muy mal a Boothe por su actitud tan aplicada. Sin embargo, Conrad no podía negar la habilidady la dedicación del médico. Él era la pieza perfecta para aquel lugar y, seguramente, mucho mejor para Jayne que él.

Maldita sea. ¿De dónde había salido aquel pensamiento?

Estaba empezando a querer que ella lo viera como el bueno y eso era un terreno muy peligroso. Necesitaba distanciarse o, sin que se diera cuenta, ella empezaría de nuevo a hacerle preguntas sobre su pasado buscando una honorabilidad que no existía.

–Jayne, te dejo en buenas manos. Voy a ocuparme de otros asuntos.

El hospital era magnífico, pero jamás se habría esperado algo así de Conrad. De hecho, empezó incluso a pensar si habría construido todo aquello por ella.

Cuando el doctor Boothe terminó de mostrarle las instalaciones y de explicarle el trabajo que se realizaba en ellas, Jayne se sentía muy impresionada, pero también tenía mucha curiosidad sobre otros temas.

–Conrad y usted parecen conocerse muy bien. ¿Cómo se conocieron?

–Fuimos juntos al colegio. Yo era uno de los problemáticos que ahora utilizan sus conocimientos para el bien en vez de para el mal.

–Parece que se lo toma con sentido del humor.

–¿Y acaso le sorprende?

–A lo que tiene que enfrentarse aquí son casos trágicos, pobreza, recursos limitados y delincuencia –comentó ella mientras salían al exterior–. ¿Cómo puede tener una actitud así cuando todo está en su contra?

–Aquí la gente vive más por esta clínica. Esos niños que juegan en el patio estarían muertos ahora si este lugar no existiera. Usted dice que ahora es enfermera de enfermos terminales y que antes lo fue de urgencias. Usted más que nadie debería comprenderlo.

–Tiene razón…

Vio que su marido estaba jugando con los muchachos, dando patadas a la pelota y riendo. Se quedó sin aliento. Miró al doctor Boothe.

–¿Cómo era él en ese colegio?

–Arrogante. Era flacucho y llevaba gafas, pero era un tipo brillante y él lo sabía. Los chicos lo llamaban señor Wall Street por su padre y por lo que él hizo en la Bolsa. Yo no venía de una familia de dinero como la mayoría de los chicos de allí ni tenía tanto talento como él, pero me creía mejor que todos ellos. Como no encajaba, mantuve las distancias. El sentido del humor es una habilidad que adquirí más tarde.

–Sin embargo, Conrad lo trajo a usted aquí. Debe de respetarle.

–Supongo que sí. Tengo los conocimientos, pero también los tienen muchos otros médicos que quieren salvar al mundo. Si somos sinceros, tengo que decir que estoy aquí por una galleta. Mi madre solía enviarme cajas llenas de galletas de mantequilla de cacahuete con chocolate. Estaban tan buenas... Un día, yo estaba en mi litera comiéndome un par de esas galletas mientras hacía los deberes cuando vi que Conrad se acercaba y que miraba las galletas como si fueran caviar. No me atreví a ofrecerle una por si me la tiraba a la cara. Una semana más tarde, iba de camino a la cafetería cuando lo vi en la zona de visitas con su padre. Me sentí muy celoso, dado que mis padres no se podían permitir ir a visitarme. Entonces, me di cuenta de que estaba discutiendo con su padre. Por lo que Conrad gritaba, resultaba evidente que su padre le quería que timara de algún modo a los padres de Troy y que los convenciera para que invirtieran en una compañía fantasma. Conrad tumbó a su padre. Hicieron falta dos guardias de seguridad para detenerle.

Jayne se imaginó el dolor y la humillación que Conrad debió de haber sentido y notó que los ojos se le llenaban de lágrimas.

–¿Y lo de la galleta?

–Ahí voy. Conrad se pasó un par de días en la enfermería porque su padre le había devuelto algunos golpes y le había dislocado el hombro. La policía no presentó cargos contra el padre porque el hijo lanzó el primer puñetazo. Cuando Conrad salió de la enfermería, me sentí tan mal por él que le envolví una galleta en una servilleta y se la puse en su litera. Él no dijo nada, pero tampoco me la tiró a la cara. Y ahora estoy aquí. Sigue siendo un estúpido arrogante, pero, en el fondo, es un buen tipo. Muy en el fondo –añadió con una sonrisa.

Jayne miró de nuevo a su esposo, que seguía jugando al fútbol con los niños. Al verlo así, animando y aconsejando a los chicos, pensó en el padre que había tenido. No era de extrañar que no quisiera tener hijos. Sin embargo, al verlo allí, Jayne no pudo pensar en lo bien que se le daría...

Ella había soñado con tener hijos algún día y había esperado que él fuera buen padre, pero jamás se lo había imaginado así. Debería sentirse feliz. Esperanzada. Sin embargo, tenía mucho miedo. Aquella vez, todo era diferente. Una cosa era fracasar en su segunda oportunidad con Conrad si debía alejarse del mismo matrimonio fallido, pero en aquella ocasión todo era muy diferente. ¿Y si perdía la oportunidad de hacer feliz a Conrad, la oportunidad de unir sus vidas allí en África?

De repente, vio cómo dos de los muchachos salían corriendo detrás de la pelota, que se dirigía hacia un camión que avanzaba cargado de agua. El vehículo recorría con

rapidez la carretera de tierra sin mostrar indicio alguno de aminorar la marcha, a pesar de que uno de los niños no se había detenido.

Sintió que se le paraba el corazón. El doctor Boothe echó a correr.

–¡Conrad!

Él ya se había dado cuenta de la situación y había echado a correr en dirección al niño. Corría como un felino. En un abrir y cerrar de ojos, agarró al muchacho y se detuvo diez metros después, ya fuera de la carretera

Ella se había quedado boquiabierta. De repente, una carcajada llamó su atención. Al ver cómo la estaba mirando el doctor Boothe, se sonrojó. El médico la había sorprendido mirando a su marido como una adolescente enamorada. Sus sentimientos hacia Conrad eran tan transparentes que hasta un completo desconocido era capaz de averiguarlos.

¿Qué pensaba su marido cuando la miraba a ella? ¿Pensaba que aquel día la había recuperado? Si era así, Jayne necesitaba ser muy clara en ese punto. Tenía esperanzas, pero eso no significaba que estuviera dispuesta a renunciar a sus sueños.

¿Y los sueños de Conrad? De repente, comprendió que tal vez significaba mucho para él un trabajo que utilizaba como instrumento para purgar su pasado. Evidentemente, Conrad necesitaba aquel trabajo tanto como ella necesitaba el suyo.

Comprender aquel punto le hizo daño, le hizo sentirse pequeña y desagradecida por todas las acusaciones que le había lanzado. Debería haber sido más comprensiva, pero ya no podía cambiar el pasado y no sabía si tenían un futuro juntos.

Sin embargo, sí podía controlar lo que hiciera aquel día.

Conrad arrancó el todoterreno. Estaba cubierto de sudor por el partido de fútbol y por la carrera para salvar al pequeño Kofi de ser atropellado. Aún sentía el miedo en el cuerpo, pero, gracias a Dios, no había pasado nada.

La necesidad de llevarse a su esposa a casa para imprimirse a sí mismo en su recuerdo y en su cuerpo se apoderó de él. No se le ocurría ninguna razón por la que no pudiera hacerle el amor hasta que los dos se quedaran dormidos por el agotamiento.

Hizo avanzar el vehículo por la carretera. Jayne iba sentada a su lado. La expresión que tenía en el rostro le preparó para lo que se le venía encima.

–¿Cuál es tu galleta favorita? Sé que ya lo debería saber y que me siento fatal teniendo que preguntártelo cuando tú sabes cuál es mi desayuno favorito, pero es que no lo sé...

–Bueno... No sé... Cualquier cosa con chocolate. Me encantan las galletas con chocolate.

Jayne sonrió.

–¿Por qué ya no llevas gafas y por qué nunca mencionas que las llevabas?

–Boothe... –susurró él comprendiendo por fin la larga conversación que los dos habían tenido–. Me operé con láser, por lo que ya no necesito gafas. En cuanto a lo de las fotos, se quemaron en un horrible accidente en el despacho de Salvatore.

–Quiero saber más sobre tu trabajo con la Interpol.

–¿Y qué es lo que quieres saber?

–No hago más que tratar de comprender que tus amigos y tú llevéis una vida parecida a la de James Bond. ¿Cómo pude pasar cuatro años sin darme cuenta?

–Somos colaboradores más que otra cosa. No trabajamos con frecuencia. En realidad, durante esos años, solo trabajé en seis misiones. Una de ellas podía llevarme una semana o un mes.

Jayne asintió y permaneció en silencio durante unos minutos.

–A mí me parece que esa Hermandad Alpha es más bien la Hermandad Bond. Troy es el Bond de Pierce Brosnan, con su encanto y su estilo metrosexual. Malcolm es como Roger Moore, el Bond de la vieja escuela. Solo recuerdo haber visto a Elliott Starc en una ocasión, pero él encaja bien con la imagen de Timothy Dalton. Boothe es como Daniel Craig, el alma torturada.

–¿Y quién ha dicho que Boothe sea parte de la hermandad?

También había notado que ella había sugerido que todos trabajaban para Salvatore, algo que él no tenía intención alguna de confirmar.

–Es opinión mía –replicó ella con una sonrisa–. Y, por cierto, tú eres decididamente el James Bond de Sean Connery.

–Creo que me estás haciendo un cumplido.

Cuando la miró, vio que ella lo estaba observando con un brillo en los ojos muy familiar y muy sensual. Con solo mirarla, el miembro se le puso erecto al ver la promesa que había en sus ojos.

–Eres sexy e hipnótica, incluso demasiado arrogante para tu propio bien. No es justo, ¿sabes?

–No estoy segura adónde quieres ir a parar con esto.

–Simplemente no puedo resistirte. Incluso ahora, sentado aquí, estoy luchando contra el impulso de saltar sobre ti aquí, en medio de ninguna parte. Estoy tratando de comportarme porque no quiero que ninguno de los dos vuelva a pasarlo mal.

–¿Podemos regresar a la conversación sobre Sean Connery? –le preguntó él. Le rodeó los hombros con el brazo y tiró de ella.

–A veces me pregunto si nos sentimos el uno atraído por el otro porque nos sentíamos huérfanos.

Conrad le apretó la mano mientras conducía con la otra a lo largo de la solitaria carretera privada que conducía hacia la casa.

Él le dio un beso en el cabello y se preguntó desde cuándo le excitaba tanto estar sentado a su lado con ella de la mano.

–Te he echado de menos.

–Yo también –admitió ella mientras apoyaba la cabeza en el hombro de Conrad–. Ahí es donde quiero llegar a parar. Tú tienes tu hermandad, pero tenéis vidas separadas con reuniones ocasionales. Sin embargo, ninguno de vosotros tiene familia.

–Supongo que Dios nos cría y nosotros nos juntamos –replicó él riendo.

–Yo no lo habría dicho de ese modo, pero me vale –susurró ella.

–Jayne, tu padre es un perdedor igual que lo era el mío. Punto final. Lo hemos superado.

–¿Tú crees? –preguntó ella. Comenzó a trazarle círculos sobre la tela de los vaqueros, lo que le empezó a caldear la piel a través de la ruda tela–. Podría ser que estuviéramos dejando aún que controlaran nuestras vidas.

Conrad apretó el volante con la mano. Quería estar con ella, pero Jayne debía dejar las conversaciones sobre su padre a un lado. Él ya le había dicho todo lo que quería decirle sobre su padre. No iba a seguir permitiendo que ella lo interrogara.

–Si quisiera terapia, iría a un psiquiatra –replicó. Apretó el mando que abría las verjas de la casa y que también desconectaba paulatinamente el resto de las alarmas gracias a un programa de reconocimiento facial.

–Conrad… No me puedo creer que me hayas dicho eso.

–Tienes razón.

Detuvo el coche frente a la casa.

–Si no estás de acuerdo, solo tienes que decirlo –le espetó Jayne.

–No estoy de acuerdo y soy un grosero por lo que he dicho. Estoy de acuerdo y me dices que no lo esté.

La erección se le apretaba con fuerza contra la bragueta. Le dolía tanto como el dolor que se reflejaba en sus ojos.

–Solo quiero darme una ducha y almorzar –replicó mientras se quitaba la camiseta sudada y la arrojaba contra el porche. Al diablo con todo. Se dirigió a la ducha exterior que tenía junto a un lateral de la casa–. No quiero discutir.

–¿Y quién está discutiendo? Yo no. Solo estoy tratando de tener una conversación sincera contigo.

–¿Sincera? ¿Quieres tener una conversación sincera? Muy bien. En ese caso, hablemos sobre por qué quieres rescribir la historia para que yo me convierta en un ser patético que culpa al mundo de todos sus problemas.

Jayne se acercó a él hasta que se quedó tan cerca que los senos rozaban su torso desnudo.

–Conrad… Cállate y llévame a la ducha.

Capítulo 7

Por mucho que Jayne deseara encontrar respuestas que les facilitaran el camino a la reconciliación, resultaba evidente que Conrad no deseaba seguir hablando. Y, para ser sincera consigo misma, la salida a la clínica la había dejado en un estado bastante vulnerable. Había visto un lado de su marido que no sabía que existía. Más allá de ocuparse con la financiación de la clínica, estaba completamente al tanto de su funcionamiento. Verlo jugar con los niños le había causado gran emoción.

Definitivamente, tenía que darles a los dos tiempo y espacio. Era una mujer paciente y en aquellos momentos se le ocurría la manera perfecta de pasar el tiempo: hacer el amor con su esposo.

Entrelazó los dedos con los de él y se dirigió a un lado de la casa.

–Jayne, la puerta principal no está por aquí.

–Pero la ducha exterior sí, a menos que haya alguna razón por la que debamos permanecer dentro. Suponía que como habíamos paseado por aquí antes, el sistema de seguridad exterior debía de ser tan bueno como el interior.

–Estás en lo cierto. No habría construido una ducha exterior si no fuera seguro utilizarla. Nadie puede acercarse a un kilómetro de este lugar sin que yo me entere.

Aquellas palabras la reconfortaron y la turbaron al mismo tiempo. Sin embargo, centró todos su pensamientos en el presente. Iba a seducir a Conrad. Se sacó un preservativo del bolso y se lo colocó a él en la mano.

–Eso es para que nos ocupemos de nuestra última preocupación.

–¿Llevas todo el día planeando esto?

–En realidad, mi intención era conseguir que te detuvieras en medio de una carretera solitaria para poder seducirte en el coche. Como este coche es mucho más espacioso, podríamos terminar la fantasía de lo que empezamos en el Jaguar en Montecarlo.

–¿Deseas regresar al coche? –susurró él con voz sugerente.

–Te deseo a ti. En la ducha. Ahora mismo.

–Encantado de cumplir tus deseos.

Jayne se despojó de la camiseta y de las zapatillas. Entonces, se desabrochó los vaqueros sin apartar los ojos de él, se los bajó junto con las braguitas disfrutando con la mirada que él le estaba dedicando. Con un último movimiento de caderas, se los sacó y se quedó casi desnuda. Se alegró de haber comprado lencería de encaje nueva antes de aquel viaje, lo que tal vez la obligaba a admitir que había estado esperando que ocurriera precisamente aquello cuando fue a Montecarlo para entregarle el anillo y los papeles del divorcio. En lo más profundo de su ser, había esperado que él rasgara los papeles y volviera a colocarle el anillo en el dedo.

Se soltó el broche delantero del sujetador y se lo quitó. Entonces, se volvió hacia la ducha y llamó a Conrad por encima del hombro.

–Alguien está demasiado vestido para esta fiesta.

La mirada de él se convirtió en la de un depredador. Se acercó a ella y se quitó los vaqueros y los calzoncillos con una eficacia y una rapidez que excitaron a Jayne profundamente.

Conrad se acercó a ella con una potente erección. Jayne abrió la puerta de la ducha y el grifo justo cuando Conrad llenaba la entrada con su presencia.

El agua fría hizo que Jayne soltara un grito y diera un salto atrás. Conrad se echó a reír y la agarró por la cintura para estrecharla contra el delicioso calor de su cuerpo hasta que el agua comenzó a salir más caliente. Ella se puso de puntillas para besarlo, dejando que el agua se deslizara por su cuerpo y se transformara en miles de caricias líquidas. Entonces, deslizó los dedos por la espalda, por las caderas, animándole a que se acercara a ella. La potente erección despertó en ella el deseo y provocó que la entrepierna se le humedeciera de un modo que no tenía nada que ver con el agua.

Conrad le acarició la espalda, los senos y los brazos. El contacto de su piel convertía cada parte de la de Jayne en una zona erógena. Cuando él apartó las manos, ella gimió para expresar su desilusión.

–Paciencia…

Agarró una botella de champú y le puso un poco a Jayne en el cabello. Entonces, tras dejar el frasco, le recogió el cabello y comenzó a masajearlo. Aquello era una delicia…

Jayne se apoyó contra las paredes de teca de la ducha y cerró los ojos. En aquellos momentos, su mundo se ceñía al sonido de la ducha, al viento y a los sonidos que emitían los monos, una sinfonía tan magnífica como cualquier ópera.

Ciertamente, Conrad sabía cómo sacar las mejores notas del cuerpo de Jayne. Seguía masajeándole suavemente el cabello. Las burbujas le caían por el cuerpo, cubriéndole de espuma los senos y la entrepierna. Jayne comenzó a frotarle la pantorrilla con el pie, abriendo las piernas y facilitando la presión de la erección contra el centro de su feminidad, que había empezado a cobrar vida. Cada movimiento de caderas, cada caricia de los dedos de Conrad, la transportaban cada vez más alto…

Conrad siempre había sido un amante generoso, y la química entre ambos había sido explosiva. Cuando Jayne abrió los ojos, descubrió que él estaba observando todas sus reacciones.

Había llegado el momento de ocuparse de él.

Jayne tomó el jabón e hizo espuma. Entonces, utilizó las manos para limpiarle el torso, los esculpidos brazos y la potente erección. Conrad se tensó y colocó una mano contra la pared de la ducha.

Con la otra detuvo las manos de ella.

–Jayne… me estás matando…

–Si no recuerdo mal –susurró ella lamiéndole el agua que le caía de los pezones–, jamás te quejaste cuando tomé la iniciativa.

–Es cierto.

–En ese caso, ¿por qué no me dejas…?

Conrad dio un paso atrás.

–Porque tú llevas tres años dictando las reglas.

Aquello era discutible, teniendo en cuenta la cantidad de veces que él le había devuelto los papeles sin firmar.

–Entonces, ¿esto es un castigo? No estoy segura de que me guste eso mezclado con lo que está ocurriendo entre nosotros.

–¿Quieres parar?

–Sabes que no. Jamás he querido. ¿Qué te parece si ahora es mi turno y el tuyo después? –le preguntó mientras le colocaba las manos en los hombros y lo hacía sentarse en el asiento que había en la ducha–. ¿Alguna objeción a eso?

–No se me ocurre ninguna. Soy todo tuyo...

–Me alegra saberlo.

La anticipación se apoderó de ella. Se arrodilló delante de él y se lo metió en la boca. El agua le caía con fuerza sobre la espalda. Le colocó las manos sobre los muslos. La flexión de los músculos la excitaba profundamente, porque indicaba lo excitado que él se encontraba también. Le gustaba atormentarlo tal como él la había atormentado a ella la noche anterior.

Conocía el cuerpo de Conrad tan bien como conocía el suyo. Aplicó todos sus conocimientos hasta que él le agarró el cabello y la retiró suavemente. Jayne sonrió, gozando con la poderosa atracción que había entre ellos, un vínculo que no se podía negar ni siquiera después de tres años de separación.

Conrad la hizo levantarse. Ella se sentó a horcajadas sobre él. Al sentir la punta de su erección contra su sexo, estuvo a punto de decir adiós al preservativo. De hecho, jamás se había sentido más tentada a quedarse embarazada de él.

Decidió apartar aquellos pensamientos para no estropear el momento y tomó el preservativo. Se lo entregó a Conrad. Las manos le temblaban demasiado como para poder ser de ayuda.

Le colocó las manos en los hombros y se levantó sobre las rodillas, acogiéndolo en su cuerpo profundamente. Entonces, volvió a levantarse. Deslizaba los senos por el torso de él. El roce de la piel contra la piel le puso la carne de gallina. Empezó a moverse cada vez más rápido. Conrad le colocó las manos en las caderas para guiarla y establecer una sincronía total con ella.

Los gemidos se le escapaban de la garganta, respondidos casi inmediatamente por los de él. Entonces, Conrad, le colocó las manos por debajo del trasero y se puso de pie sin que sus cuerpos se despegaran. La colocó contra la pared, hundiéndose en ella y provocándole un potente orgasmo. Jayne estaba abrazada él, gritando de placer. El cálido aliento de su boca se le entrelazaba con el rubio cabello mientras los dos se abrazaban con fuerza después del clímax.

Cuando lo conoció, le robó el corazón y, por eso, Jayne hizo algo impulsivo. Se caso con él cuando tan solo lo conocía desde hacía tres meses. Tal vez si hubieran salido más tiempo habrían podido solucionar parte de sus problemas. Tal vez habría sido un

inicio más fuerte para su matrimonio, unos cimientos más sólidos... O tal vez hubieran decidido no casarse.

Pensar que podría no haber sido su esposa le dolía. Quería un futuro con él. No lo podía negar, como tampoco la tenue paz que habían encontrado allí.

Desgraciadamente, el bache más pequeño podía provocar que todo se hiciera pedazos.

Conrad permaneció sentado en la ducha mientras observaba cómo su esposa volvía a vestirse.

–En una ocasión leí que la mejor prenda de ropa es la piel de una persona. Desgraciadamente, la sociedad exige más decoro...

–¿Y dónde lo leíste?

–Es una frase de Mark Twain.

–Siempre pienso en ti como un hombre de números...

–¿Significa eso que has estado pensando en mí? –preguntó él con una sonrisa.

–Claro que sí. Lo hago a menudo...

Conrad se puso de pie y salió de la ducha. Entonces, agarró los vaqueros.

–¿Y dónde piensas en mí? ¿En la cama? ¿En la ducha? Yo pensaba a menudo en ti en la ducha y ahora...

–El lugar no importa.

–Han sido tres años muy largos sin ti. Estoy recuperando el tiempo perdido. Tengo muchas fantasías que hacer realidad.

–Ojalá pudiéramos hacer solo el amor el resto de nuestras vidas. Eso seguramente te curaría el insomnio.

Llevaba siete años casado con Jayne y aún se le hacía la boca agua cuando la miraba. Tenía el cabello rubio completamente empapado y peinado hacia atrás y no llevaba maquillaje, pero, a pesar de todo, era la mujer más hermosa que había visto nunca.

–En lo último que pienso cuando estoy contigo es en dormir.

–Creo que al final nos cansaríamos... –susurró ella mientras se acercaba a él para abrocharle los vaqueros, rozándole el vientre con lenta deliberación.

–¿Es un desafío?

Ella le dio una palmadita en el torso antes de dar un paso atrás.

–Te gustan los desafíos. Admítelo.

Conrad le agarró las caderas, la estrechó contra su cuerpo y la besó. Se juró que aquella noche cenaría tomando la comida del cuerpo desnudo de Jayne. La recuperaría y la tendría de nuevo en su vida, pasara lo que pasara. Los últimos tres años sin ella habían sido un infierno. De hecho, pensar en más de tres días separado de ella era mucho más de lo que su cerebro podía soportar.

La posibilidad de que no pudiera convencerla le provocó un zumbido en los oídos que estuvo a punto de dejarle sordo. Sin embargo, el sonido perduró hasta que se dio cuenta...

Jayne se apartó de él.

–Es mi teléfono móvil –dijo–. Al menos, debería comprobar quién me llamada.

–Claro –replicó él con cierta desilusión.

Jayne agarró el bolso del suelo y sacó su teléfono móvil. Comprobó la pantalla y frunció el ceño antes de apretar el botón.

–¿Sí, Anthony? ¿Qué puedo hacer por ti?

¿Anthony Collins? Conrad se quedó helado al escuchar de quién se trataba. ¿Qué diablos hacía ese hombre llamando a Jayne? Ella le había dicho que había dejado bien claro que no había posibilidad de romance entre ellos. Pensar en Jayne con otro hombre le corroía por dentro.

Ella se puso de espaldas y se alejó de allí hasta que su voz fue solo un ligero murmullo.

Maldición. Conrad recogió su polo del suelo y lo sacudió. Allí, solo y descalzo, pensó en todas las ocasiones en las que él había dejado sola a Jayne, apartándola de su mundo sin una palabra de consuelo. Era un canalla, pura y simplemente. Jayne se merecía a alguien mucho mejor que él.

Jayne se dio la vuelta por fin y él se preparó para lo que ella tuviera que decirle.

–Conrad –susurró ella con voz temblorosa–. Anthony me ha dicho que ha estado recibiendo llamadas de desconocidos que afirman estar comprobando mis datos para un trabajo que yo solicité. Podría no ser nada, pero me ha dicho que algunas de las preguntas le han extrañado. Se preguntaba si se trataría de alguien que pudiera estar

tratando de usurpar mi identidad. Sin embargo, nosotros sabemos que podría ser mucho peor que eso...

Conrad se deshizo de todo sentimiento y se puso a calibrar lo que tenían que hacer. Lo primero era asegurarse de que no habían comprometido la seguridad de Jayne. Hasta entonces, su instinto le decía que Zhutov no tenía nada. Conrad jamás cometía errores en su trabajo, pero no podía estar seguro de no haber tenido la suficiente cautela en el caso de Jayne... ¿Habría cometido algún error mientras estaba tratando de seducir a su esposa?

Le agarró de la mano y la llevó hacia la casa.

–Tenemos que entrar. He de llamar al coronel Salvatore.

Jayne odiaba sentirse inútil, pero no había nada que pudiera hacer. Ella no era agente secreto. No tenía acceso a nada. Le parecía que, una vez más, se había convertido en una planta ornamental.

Conrad había cerrado la casa a cal y canto antes de dirigirse a la habitación del pánico para hablar con Salvatore. Ella estaba en la cocina, preparando algo para cenar. Abrió el frigorífico y sacó un envase que contenía ensalada Waldorf para acompañar los deliciosos cruasanes que tenía en la encimera. Se juró que si encontraba una más de sus cosas favoritas en aquella casa, se pondría a gritar.

¿Cómo podía él haberla ignorado durante tres largos años y recordar todas sus preferencias?

Sirvió la ensalada en dos platos. Pensó que Conrad era un buen hombre. Solo tenía que tener paciencia. En vez de interrogarle constantemente, podía empezar a ofrecerle retazos de su pasado, cosas importantes que ella se había negado a compartir.

Sí, seguía amando a Conrad, pero no era la misma mujer de hacía tres años. Tenía una visión más clara de su futuro y un sentido más claro de su propia valía como persona. También sabía que su esposo la necesitaba, tanto si él se daba cuenta como si no. Dejó sus temores a un lado y abrió una caja de galletas.

Por mucho que se esforzara por controlar los sentimientos, Conrad no podía ignorar el peso de los ojos de Jane mirándolo, contando con él.

–Salvatore está revisando las llamadas, pero, hasta ahora, me ha dicho que todo parece en orden. Está seguro de que tan solo se trataba de una agencia de colocación que estaba comprobando tu currículum.

–Gracias a Dios. ¡Qué alivio! –dijo mientras tomaba dos platos de la encimera–. He preparado algo para comer.

Conrad abrió una botella de agua y la sirvió en dos vasos con hielo. Después, siguió a Jayne hasta el comedor. Ella ya estaba sentada. Parecía muy nerviosa.

No era de extrañar; la realidad se había encargado de hacer pedazos todo el placer del que habían disfrutado aquel día en el hospital y en la ducha. Conrad se sentó frente a ella y empezó a devorar la comida, más por costumbre que porque realmente tuviera apetito.

–¿Te he contado alguna vez por qué me gusta tanto la ópera? –le preguntó ella.

–Creo que no –respondió él. No comprendía de dónde había salido aquella pregunta.

–Siempre supe que mis padres no tenían un matrimonio ejemplar. Eso no excusa lo que mi padre nos hizo. Desgraciadamente, no me sorprendió que mis padres se divorciaran. Discutían mucho.

–Eso debió de ser muy duro para ti.

–Así es. Por eso, empecé a poner la radio muy alta para no escuchar lo que se decían. La ópera era lo mejor. Cuando se separaron oficialmente, me sabía la letra de muchas óperas, desde Madame Butterfly a Carmen –dijo. Entonces, apoyó los codos en la mesa–. Para que te quede claro, no tienes razón alguna para sentir celos de Anthony. Con él no ha ocurrido nada y me aseguré de que lo entendía cuando hablé con él ayer. Incluso hice que una amiga del trabajo fuera a recoger a Mimi. Nunca traicionaría tu confianza de ese modo.

–Te creo...

–Entonces, ¿qué es lo que te pasa? ¿Por qué te muestras tan distante? Ya sabes que eso fue lo que nos destruyó la última vez.

Conrad se apartó de la mesa. No se comportaría como su padre, gritándola y asustándola.

–Todo este asunto de Zhutov y de tener que sospechar de todas las llamadas que se refieren a ti... ¿Esperas que me muestre contento cuando hay gente investigándote? No me gusta tener que haberte traído a un rincón tan apartado del mundo para asegurarme de que no te persigue nadie... por mi culpa.

–Tienes derecho a sentirte preocupado, pero si el coronel Salvatore dice que no hay nada de lo que preocuparse, le creo.

–Nada de lo que preocuparse en esta ocasión.

–No creo que debamos asumir siempre lo peor.

En ese momento, una sirena cortó el aire como si fuera un cuchillo. Conrad reconoció el sonido inmediatamente. Alguien había hecho saltar la alarma de los límites externos de la finca. Él no dudó de lo que tenía que hacer. Su primera y única prioridad era poner a salvo a Jayne.

–¿Qué es eso, Conrad? –preguntó pálida.

–Alguien ha hecho saltar la alarma –respondió él. La agarró por los hombros y comenzó a empujarla–. Tienes que encerrarte en la habitación del pánico. Ahora mismo.

Jayne estaba sentada en el sofá de la habitación del pánico con las rodillas apretadas contra el pecho. Los dientes le castañeaban de miedo por su esposo. Después de que sonara la alarma, él la había llevado inmediatamente a la habitación del pánico. Tras abrir la puerta, la había hecho pasar y le había entregado una tarjeta con instrucciones sobre lo que hacer si… si él no regresaba.

El horror le atenazaba el corazón con puño helado cuando iban pasando los minutos sin tener noticia alguna. Le parecía que llevaba horas allí, pero el reloj del teléfono móvil le indicaba que tan solo llevaba dieciséis minutos.

Alguien estaba tratando de entrar en la propiedad. No había nada que ella pudiera hacer excepto permanecer en aquella prisión mientras que el hombre al que amaba se enfrentaba a un peligro desconocido. Deseó poder estar en el exterior, junto a él. Sin embargo, el coronel Salvatore había estado en lo cierto: ella era el talón de Aquiles de Conrad. Si tenía que preocuparse por ella, correría peligro.

Por tanto, no había nada que ella pudiera hacer más que permanecer allí y estar tranquila. Examinó el interior de la habitación y vio que era en realidad un pequeño apartamento sin ventanas. Cuarto de baño, cocina, una cama, una televisión…

¿Una televisión? No se imaginaba a nadie que en una situación similar quisiera ver su colección de DVD favoritos. Tomó el mando a distancia y la encendió. Lo que vio fue la imagen del jardín delantero.

Era un sistema de vigilancia. No estaba tan aislada como había pensado. El alivio se apoderó de ella. Entonces, se sacó el teléfono móvil del bolsillo y vio que tenía cobertura.

Estuvo manipulando el mando hasta que aprendió cómo ajustar las imágenes del jardín principal de los laterales y del río. No se veía a nadie. Entonces, pasó a una imagen del perímetro exterior que incluía la clínica.

Ahí sí vio a alguien.

Un pequeño grupo de personas estaba reunido en el exterior a pesar de que ya estaba atardeciendo. En medio del grupo, había cuatro personas sentadas con las manos atadas a la espalda. Eran tan solo unos adolescentes. Si no se equivocaba, eran algunos de los muchachos que habían estado jugando al fútbol con Conrad. No tardó en ver a Conrad hablando con el médico. Tenía el teléfono móvil en la mano y mientras hablaba con el doctor tocaba la pantalla. Si ella estuviera en peligro, Conrad no estaría tan lejos de la casa.

Poco después, su teléfono vibró. Acababa de recibir un mensaje de Conrad: «Todo en orden. Tan solo trataban de entrar en la clínica para conseguir drogas. Llegaré a casa enseguida».

Un momento de máxima tensión había terminado en un instante. ¿Era así como Conrad vivía su trabajo? No era divertido, pero no suponía más estrés del que ella había experimentado trabajando en urgencias con algunos pacientes borrachos o drogados. El peligro existía en todas partes.

Tomó el código y lo marcó en el teclado. Decidió mandar a Conrad un mensaje: «He salido de la habitación del pánico. Sin problema con el código». Dudó si escribirle que le amaba. En vez de eso optó por «ten cuidado». Segundos más tarde el teléfono volvió a vibrar con otro mensaje: «Podría tardar aún un rato. No me esperes».

Ni una palabra de afecto en aquel breve mensaje. ¿Qué había esperado? Conrad se estaba ocupando de un problema. Durante un instante, consideró regresar a la habitación del pánico para poder verle por la pantalla, pero le pareció que así estaba invadiendo su intimidad. Si quería que la relación funcionara, tenía que aprender a confiar en él. Conrad tenía que ver que ella podía aceptar ese estilo de vida.

¿Qué hacía la mujer de un agente secreto mientras su esposo estaba salvando al mundo? Tal vez no necesitaba aún todas las respuestas. Simplemente necesitaba saber que estaba comprometida con encontrar todas las respuestas.

Una cosa sabía con toda seguridad: no podría volver a vivir sin Conrad.

La luna iluminaba ya la clínica cuando el último de los muchachos entró en el coche policial. Conrad sintió que la ira se apoderaba de él al ver cómo Ade lo miraba por la

ventanilla con una mirada desafiante que Conrad conocía muy bien. Había visto cómo un espejo le devolvía aquella misma mirada cuando solo era un adolescente.

Jayne nunca había estado en peligro. Cuatro muchachos con los que él había estado jugando al fútbol habían tratado de robar drogas de la clínica. Cuando uno de ellos trató de escapar, se acercó demasiado a la casa e hizo saltar la alarma. Boothe le había dicho que aquellos intentos eran bastante comunes. No se podía rehabilitar a los agberos en un día. De hecho, en muchos de ellos no se podría confiar jamás. Sin embargo, en un país enfermo de pobreza y de desigualdades sociales, poder salvar aunque tan solo fuera un puñado de aquellos muchachos era una importante victoria.

Lo peor de todo aquello era que Conrad pensaba que había conectado con Ade y su hermano Kofi y que ellos serían algunos de los que se salvarían. Se preguntó si el pequeño Kofi seguiría los pasos de su hermano…

Como no podía hacer nada al respecto, se montó en el todoterreno esperando que Jayne ya se hubiera acostado. No estaba de humor para más preguntas.

Al llegar a la casa, vio que las luces estaban encendidas. Jayne le estaba esperando despierta.

Aparcó el todoterreno delante de la casa. Estaba de muy mal humor por lo que había ocurrido, pero no podía quedarse en el coche para evitar lo evidente. Tenía que hacer algo para resolver las cuestiones que rodeaban a Zhutov y tenía que llevar a Jayne a un lugar seguro. Lo mejor era cuanto más lejos de su mundo como le fuera posible.

Llevarla a África había sido una decisión muy egoísta. Había querido estar a solas con ella. Había querido mostrarle su clínica, demostrarle que había algo bueno en su interior. Sin embargo, ella podría estar en muchos otros lugares que eran más seguros para ella. Hablaría con Salvatore en cuanto Jayne se retirara a dormir.

Se bajó del coche y la vio en el salón, sentada en el sofá. En cuanto sintió que él se acercaba, Jayne abrió la puerta principal. Su sonrisa le hizo sentirse aún más culpable.

–Bienvenido –dijo ella con una taza de té entre las manos–. ¡Qué noche tan alocada! Sin embargo, al menos sabes que el sistema de seguridad funciona a la perfección.

–¿Descubriste cómo utilizar el monitor?

–Sí, aunque no sé exactamente lo que ha ocurrido –dijo mientras los dos se dirigían al salón.

–Algunos de los agberos trataron de robar drogas de la clínica. Cuando saltaron las alarmas, uno de ellos, Ade, echó a correr e hizo saltar el sistema de seguridad de la casa.

–Gracias a Dios que no se salieron con la suya. Me alegro de que todo se haya solucionado sin que nadie haya resultado herido.

–Un guardia resultó herido durante el atraco…

–Vaya, lo siento. ¿Se pondrá bien? ¿Necesitan que vaya a ayudar a la clínica? Siento mucho no haber ido contigo –comentó ella tocándole el hombro.

Aquel contacto le provocaba inquietud, vulnerabilidad. Se dirigió hacia la ventana y miró al río.

–Aquí estabas a salvo. Eso era lo mejor que podías hacer por mí.

–¿Qué te pasa? –le preguntó ella al notarlo tan distante–. ¿Por qué me evitas?

Si se perdía entre los brazos de Jayne, se desmoronaría. Apretó los puños.

–No es el momento adecuado para hablar.

Jayne suspiró.

–Jamás es el momento adecuado para mis preguntas. Eso fue en gran parte lo que nos separó antes – le recordó mientras le apretaba el antebrazo–. Necesito que te comuniques conmigo.

Los dedos de Jayne sobre la piel eran una gran tentación. Ella siempre había sido su debilidad, desde el día en el que la conoció.

–Preferiría esperar para hablar a que recibamos el informe de Salvatore.

–¿Y eso qué cambia? –le preguntó ella mirándole a los ojos–. Crees que si ese tal Zhutov ha descubierto tu tapadera no tendrás que tomar más decisiones difíciles. No tendrás que trabajar pensando cómo puedes seguir con tu vida y con tu trabajo.

–O tal vez no estoy seguro de ser un hombre merecedor de ti sin ese trabajo –dijo Conrad, expresando en voz alta lo que no había querido admitir hasta aquel instante.

–¿Cómo diablos puedes decir algo así?

–He mirado la realidad a la cara y apesta. Lo viste todo en la cámara de vigilancia. Viste a esos chicos con las manos atadas. Estaban robando drogas para luego venderlas. Podríamos hablar de por qué necesitaban el dinero, pero lo importante es

que robaron medicación que resulta muy difícil de reemplazar aquí e hirieron a un guardia para hacerlo.

Jayne le agarró el brazo con las dos manos.

–Tuvo que resultarte muy doloroso ver de ese modo a los muchachos con los que habías estado jugando al fútbol.

–Maldita sea, Jayne. Yo fui unos de esos chicos. ¿Por qué no lo entiendes?

–Claro que lo entiendo, pero tú has cambiado y existe también la posibilidad de que ellos puedan cambiar. ¿Tan horrible te resulta creer en las segundas oportunidades?

–Te aseguro que yo no soy el hombre bueno que tú crees que soy. Sí. Acepté el trabajo con la Interpol para resarcirme, pero lo hago porque me gusta. Igual que entonces, cuando infringí la ley. Solo que ahora, simplemente, he encontrado el modo de canalizarlo para que no me metan en la cárcel –admitió mientras la miraba fijamente a los ojos–. No soy el hombre de familia que tú quieres y jamás lo seré.

–¿Y si te digo que estoy dispuesta a aceptarlo? Creo que podríamos encontrar un equilibrio.

Conrad habría dado cualquier cosa por escuchar aquellas palabras hacía tres años y poder tener una segunda oportunidad con ella. Sin embargo, sabía que no era posible.

–Yo no lo creo. Lo hemos intentado y hemos fallado.

–¿Estás diciendo todo esto porque temes que tu trabajo terminará por hacerme daño?

–Si fuera eso, te lo diría –replicó él evitando la pregunta.

–Eso no te lo crees ni tú. Eso es un cliché y nosotros no somos personas de clichés. Conducimos nuestras vidas realizando trabajos difíciles de los que huirían las personas corrientes. Me gusta eso de ti, Conrad. Y por eso te amo.

Jayne se preguntó por qué estaba insistiendo tanto aquella noche. ¿Acaso quería terminar con todo? ¿No sería eso lo mejor para ella?

–Jayne, no hagas que esto sea más difícil para los dos. Llevábamos tres años separados. Creo que ya va siendo hora de firmar el divorcio.

Jayne estaba demasiado aturdida para poder llorar. Cerró la puerta del dormitorio y se apoyó en ella. Al menos, había conseguido llegar hasta allí con la cabeza bien alta y sin derramar ni una sola lágrima.

¿Cómo iba a poder dormir allí con los recuerdos de hacía tan solo unas pocas horas tan vivos en el recuerdo?

Maldito fuera Conrad por habérsela vuelto a jugar y maldita fuera ella también por ser tan estúpida.

Abrió la maleta y comenzó a rebuscar en su interior hasta que sacó el bolso negro que había llevado al casino aquella primera noche. Rebuscó en su interior y sacó su anillo de compromiso y su alianza de boda. Entonces, los apretó con fuerza en la mano y cerró los ojos para pensar en lo que había ocurrido entre ellos.

Conrad había hablado completamente en serio. Había visto la resolución en su mirada y en su voz. Aunque seguía creyendo que él estaba equivocado, aceptaba que no podía hacerle cambiar de opinión. No podía obligarle a desprenderse de su pasado.

Había estado esperándole tres años, pero él había vuelto a romperle el corazón. No se lamentaba de nada de lo que había ocurrido entre ellos, pero sabía que pasaría mucho tiempo antes de que lograra superar el amor que sentía por Conrad Hughes. Eso si conseguía superarlo alguna vez.

En aquel momento, no le quedaba nada más que marcharse de allí con la cabeza bien alta. Reconstruir su vida le resultaría muy difícil. Necesitaría un hombro sobre el que llorar. Alguien que la ayudara a poner en perspectiva su vida. Su madre ya no estaba. No tenía hermanas, y volver a ver a Anthony quedaba descartado. En cuanto a sus amigas del trabajo, no comprenderían nada de todo aquello.

Cuando encontró la respuesta, decidió que se trataba de un lugar en el que Conrad no podía protestar sobre su seguridad. Allí, encontraría a la persona que le ofrecería consejo, apoyo y el hombro que necesitaba. Dejó los anillos en la mesilla de noche y decidió olvidarse para siempre de Conrad. No volvería a perseguirle.

Tomó el teléfono y llamó a Hillary Donavan.

Capítulo 8

Ella se había marchado. Aquella vez, la había perdido para siempre.

Conrad estaba sentado junto al río, con una botella de whisky, esperando estar completamente borracho antes de que se pusiera el sol. La noche había sido muy larga. Se la había pasado sentado en el sofá, pensando en que Jayne estaba en su habitación. Se había preparado para el tormento de vigilarla hasta que Salvatore le diera permiso para marcharse, pero ella se había ido a primera hora de la mañana. Salvatore ya le había dicho que podía marcharse y tenía un plan sólido. Boothe la llevaría al aeropuerto, donde se reuniría con Hillary.

Jayne era una mujer muy inteligente y competente.

Acababa de tomarse de un trago una copa de whisky cuando oyó el motor de un coche que se acercaba. Se puso de pie y vio que se trataba del vehículo de Boothe, por lo que volvió a tomar asiento. El médico debía de regresar de llevar a Jayne al aeropuerto. Justo lo que necesitaba. A Boothe mofándose de él. Volvió a llenarse el vaso.

Escuchó cómo Boothe se acercaba a la orilla del río.

–Veo que sigues ahí sentado, sintiendo pena de ti mismo. Maldita sea, yo pensaba que eras un tipo inteligente.

Conrad lo miró por encima del hombro.

–Hoy no necesito estas tonterías. ¿Quieres beber algo?

–No, gracias –respondió Boothe. Se sentó a su lado y agarró un puñado de guijarros con la mano.

–Siempre el bueno de la película.

–La gente ve lo que quiere ver –replicó Boothe mientras comenzaba a arrojar los guijarros al río.

–¿Por qué has venido?

–He estado pensando en ofrecerle a tu esposa un trabajo. Dado que tú vives aquí y eres el dueño de la clínica, pensé que debía comunicarte a ti la idea en primer lugar.

–¿Me estás pidiendo permiso?

–Es una enfermera de paliativos. Tiene un trabajo por el que no cobra a causa de lo que nosotros hacemos. Me parece justo ayudarla. ¿O acaso pensabas aplacar tu conciencia extendiéndole un buen cheque?

–Vas a ofrecerle un trabajo tan solo para vengarte de mí, ¿verdad?

–Al contrario de lo que tú piensas, no me caes mal... Ya no.

–Entonces, admites que me odiabas a muerte, aunque tuvieras un momento de debilidad y compartieras tus galletas con un canalla sin alma como yo.

–Sí, claro que te odiaba –admitió Boothe con una carcajada–. Eras un canalla arrogante entonces y ahora veo que no has aprendido mucho.

–Recuerda que pago tu nómina –le advirtió Conrad–. Y proporciono los fondos de tu clínica.

–Esa es la única razón por la que estoy aquí. Porque te estoy agradecido. Esa mujer es lo mejor que te va a ocurrir en la vida. Por eso, porque estoy en deuda contigo, voy a darte un consejo.

–Gracias. ¿Me puedo tomar otra copa primero?

Boothe no le prestó atención y siguió hablando.

–En el mundo del trabajo eres muy agresivo, persigues lo que quieres. ¿Por qué diablos no has salido detrás de tu esposa?

Aquella pregunta lo dejó sin palabras. Conrad dejó el vaso en el suelo.

–Quiere el divorcio. Lleva tres años esperando. Creo que es bueno que sepa lo que quiere.

–Tal vez, pero, ¿es eso lo que quieres tú?

–Eres más deprimente que el alcohol...

–Puede ser, pero creo que ya va siendo hora de que dejes de ser un terco y un estúpido. Te lo voy a decir muy claro: ve a por tu esposa.

–¿Eso es todo lo que se te ocurre? Después del grave error que he cometido, no me parece que con eso vaya a ser suficiente.

–Para ella, eso lo será todo. Piénsalo –le dijo Boothe mientras le daba una palmada en la espalda.

Entonces, echó a andar hacia su coche.

Conrad se puso de pie. La cabeza le daba vueltas por algo más que solo por el alcohol.

–Boothe…

Rowan se detuvo a mitad del camino.

–¿Sí, hermano?

–Gracias por la galleta.

–De nada.

Cuando Boothe se marchó en su coche, Conrad se puso a pensar en el consejo que le había dado su antiguo compañero de internado y en muchos otros recuerdos de su pasado.

Había luchado por su esposa. ¿O no?

Tenía que admitir que había esperado que el matrimonio fracasara desde el primer momento. Él había esperado que ella lo abandonara igual que ella había esperado que él se comportara como su padre. Cuando ella no lo abandonó, Conrad la empujó a hacerlo.

Pero Jayne no era como sus padres. No podía parecerse menos al delincuente de su padre o a la mujer pasiva y malvada que había sido su madre. En innumerables ocasiones había acusado a Jayne de permitir que el pasado rigiera su comportamiento, y eso era precisamente lo que él había hecho. Se había convencido de que ella lo defraudaría y, por lo tanto, la había apartado de su lado. En realidad, no se había alejado de ella físicamente, pero la había desterrado emocionalmente.

Jayne se merecía más que lo que él podía darle. Se había sincerado con él, lo que debía de haber sido muy duro para ella después de todo lo que habían pasado. Conrad debería haberla tranquilizadodiciéndole que ella era todo su mundo. Él adoraba el suelo que Jayne pisaba y su vida no merecía la pena sin ella.

Efectivamente, su vida sería un desastre si no reaccionaba y conseguía que ella se convenciera de que él la amaba. Había comprendido por fin que, aunque no era lo

bastante bueno para ella, sería capaz de esforzarse todo lo que pudiera cada día para lograr ser merecedor de la mujer que era su esposa. Pasara lo que pasara, Conrad quería pasarse el resto de su vida con Jayne. Confiaba en ella plenamente. Incluso contestaría todas las preguntas que ella quisiera hacerle. Haría lo que fuera para conseguir que ella volviera a confiar en él. Para que se creyera que él la amaba.

La costa de las Bahamas no le producía impresión alguna a Jayne.

Estaba tumbada en traje de baño en un balcón con Hillary. La mayoría de la gente daría lo que fuera por poder pasarse unas vacaciones así en un casino de Nassau en compañía de una amiga. Hillary ciertamente sabía cómo curar un corazón herido. Aquella segunda ruptura con Conrad le estaba resultando mucho más dolorosa que la primera.

No podía dejar de pensar en los anillos que le había dejado y en lo que él habría pensado al verlos. ¿Se lamentaría de la decisión que había tomado del divorcio? ¿Cómo había podido estar tan equivocada al pensar que él cambiaría de opinión y que lucharía por su matrimonio del mismo modo en el que se enfrentaba al resto de los desafíos de su vida?

Si hubiera estado a solas, habría gritado de dolor y frustración. Se volvió a mirar a Hillary, que estaba tumbada en una hamaca con un enorme sombrero y una sombrilla que le protegían su blanca piel.

–Gracias por ocuparte de mí hasta que Salvatore pueda rematar la misión. Cuando dé su visto bueno, te dejaré en paz y regresaré a mi trabajo.

Hillary la miró por encima de la montura de las gafas.

–Si no quieres, no creo que tengas que volver a trabajar. No quiero parecer grosera, pero tu acuerdo de divorcio será bastante generoso.

Jayne no quería el dinero de Conrad. Lo quería a él.

–No me veo a mí misma viviendo de la sopa boba…

–Es comprensible, por supuesto. Durante los años que me pasé preparando eventos, conocí muchos tipos diferentes de gente y te aseguro que es maravilloso tener libertad financiera para hacer lo que uno quiera. Solo te lo digo para que lo pienses.

Como abrir una clínica en África. Conrad había decidido utilizar su dinero y su influencia para tratar de mejorar el mundo. ¿Por qué diablos no podía aceptar la felicidad que se había ganado?

El sonido de las puertas abriéndose la trasladó de nuevo al presente. Hillary se incorporó rápidamente y colocó la mano en la toalla bajo la que ocultaba una pistola.

–¡Troy!

Una pequeña bolita de energía canina entró corriendo acompañada de frenéticos ladridos.

Jayne se quedó boquiabierta. No se podía creer que fuera su…

–¡Mimi!

La pequeña bulldog le saltó directamente a los brazos. Era su perra. Mimi comenzó a cubrirle la barbilla de alegres lametones. Jayne sintió que el corazón le daba un vuelco en el pecho porque solo había un modo en el que Mimi podría haber llegado allí. Solo había una persona que sabía lo importante que era para ella tener a su perra a su lado.

La pregunta que quedaba sin responder era si el propio Conrad había llevado personalmente a la perra como ofrenda de paz o tan solo se había preocupado de organizar el viaje. Cerró con fuerza los ojos y enterró el rostro en el pelaje de la pequeña Mimi tratando de aferrarse a la posibilidad de que fuera su marido el que estuviera tras la puerta del balcón.

Se armó de valor y miró. Conrad estaba de pie en el umbral. El corazón se le detuvo un instante mientras se recuperaba de la sorpresa, cuando había estado completamente convencida de que jamás volvería a verlo. Iba vestido con unos vaqueros y una camisa con las mangas remangadas. Unas profundas ojeras le entristecían la mirada.

Jayne no se alegró al comprobar que él tampoco lo había pasado muy bien, aunque tal vez un poco sí… No obstante, quería que él fuera feliz. Se lo merecía. Los dos se lo merecían.

Hillary se puso de pie.

–¿Se sabe algo de Zhutov? –le preguntó ella.

Jayne se irguió en la hamaca y sacó los pies a un lado. ¿Cómo no se había parado a pensar que podría haber una razón para la presencia de Conrad? Si Zhutov había descubierto la tapadera de Conrad y este hubiera tenido que dar por terminada su carrera en la Interpol, ella nunca sabría si habría regresado a su lado de todos modos. La confianza sería difícil cuando ya habían pasado tantas cosas entre ellos.

–Todavía no se sabe nada. Estoy aquí por Jayne. Solo por Jayne.

Conrad la miró directamente a los ojos. Ella sintió que casi se olvidaba de respirar. Inmediatamente, Hillary recogió sus cosas.

–Bueno, yo me marcho a la cocina para prepararme… Me marcho.

Hillary atravesó el umbral de la puerta y se metió en la suite cerrando la puerta tras ella.

Jayne abrazó a su perra mientras la cachorrita se le acurrucaba en el regazo.

–Ha sido muy amable de tu parte. ¿Cómo la has traído?

–Llamé a tu amigo Anthony y le pedí ayuda para poder recuperar a la perra.

–¿Hablaste con él?

–Sí. En realidad, es un tío muy majo. Recogió a Mimi y la llevó al aeropuerto porque sabía que verla te haría muy feliz –dijo él. Entonces, se agachó delante de Jayne e hincó una rodilla en el suelo–. Lo que tengo que decirte me hace sentirme como un verdadero canalla, porque debería haberlo hecho antes. Debería haber dicho y hecho muchas cosas, pero estoy aquí para enmendarlas.

–Te escucho –repuso ella llena de esperanza.

–Siento mucho haberte dicho que deberíamos terminar los trámites del divorcio. Estaba seguro de que volvería a defraudarte, por lo que me comporté como un idiota. Soy un hombre de números, siempre lo he sido. No se me da bien hablar, pero estoy en ello.

–¿Qué es lo que me propones?

–Compromiso, pero esta vez por mi parte. Y te pido que me ayudes a conseguirlo. Me he enfrentado a delincuentes. He ganado mucho dinero y lo he perdido también. Sin embargo, pensar que te puedo perder me hace ponerme de rodillas. Te veo con el amor incondicional reflejado en los ojos, una sinceridad total que yo no correspondí. Tú sabías la verdad sobre mí y sobre mi familia y me amaste de todos modos. Yo nos puse a ambos en una situación de todo o nada, pues te aseguro que los tres últimos años de nada han sido un infierno.

–Estoy completamente de acuerdo contigo –susurró ella, con los ojos llenos de lágrimas de alegría y esperanza.

–Volvamos a mi compromiso. Si no es lo suficientemente bueno, dímelo y te prometo que esta vez te escucharé. Después de que te marcharas, me di cuenta de que no puedo volver a pasar por esto. Dejé que te marcharas en una ocasión y estuve a punto de perder la vida...

–Conrad, no sé qué decir...

–Si quieres que deje la Interpol, lo haré.

–No tienes por qué hacerlo. Solo necesito que me tranquilices para que yo sepa que estás bien.

–Lo haré. Te contaré todo lo que me autoricen a compartir contigo. Y te prometo que me pondré en contacto contigo cada veinticuatro horas para que no te preocupes.

–¿Será eso seguro para ti?

–Tenemos las mejores tecnologías y tengo intención de hacer uso de ellas para tranquilizarte y para protegerte. Antes te aparté de mi lado para protegerte, pero lo único que conseguí fue separarnos. Ahora lo haré mejor. Si tú cambias de opinión sobre el trabajo con la Interpol, dímelo y lo dejo. Renunciaría a cualquier cosa por ti. Dios sabe lo mucho que te amo...

Incapaz de seguir conteniéndose, Jayne lo abrazó y lo besó con todo el amor que sentía por él. A pesar de que le había dolido mucho separarse de él, tal vez había sido lo adecuado para conseguir que Conrad se diera cuenta que los dos se necesitaban. Eran dos trozos de la misma totalidad. Encajaban perfectamente y se necesitaban el uno al otro.

Mimi trató de escaparse de entre los dos. Se echaron a reír y dejaron que la perrita se marchara a olisquear el balcón.

–¿Está bien tener un perro aquí? –le preguntó ella a Conrad.

–Compré este lugar hace años. Si quiero puedo tener una rehala entera de perros aquí dentro.

–¿Es eso lo que quieres? ¿Tener una rehala de perros?

–En realidad, estaba pensando más bien en un equipo de fútbol de niños. Nuestros hijos, por supuesto.

Ella se quedó atónita y lo miró fijamente a los ojos. En ellos, vio sinceridad al cien por cien.

–A mí también me gustaría –susurró ella.

Justo cuando se disponía a besar a su marido, las puertas volvieron a abrirse y Hillary asomó la cabeza con el teléfono en la mano.

–Chicos, creo que os gustaría escuchar lo que Salvatore tiene que decir.

Jayne sintió que se le hacía un nudo en el estómago. ¿Serían malas noticias? ¿Sería posible que su recién encontrada felicidad fuera a ser tan efímera? Sintió que Conrad le tomaba la mano y se la apretaba cariñosamente para tranquilizarla. Se dio cuenta de que ya no estaba sola. Eran un equipo. Fuera lo que fuera lo iba a ocurrir, se enfrentarían a ello juntos.

Al mirar de nuevo a Hillary, se dio cuenta de que ella tenía una radiante sonrisa en el rostro. Por lo tanto, las noticias no podían ser tan malas.

–Las autoridades acaban de arrestar al asesino a sueldo de Zhutov y, dada su confesión y las fotos que tenía en el teléfono móvil, estamos seguros de que vosotros no erais los objetivos. Todo está bien. Y la identidad encubierta de Conrad sigue siendo segura.

Con una amplia sonrisa en los labios, Conrad agarró a Jayne de la cintura y comenzó a dar vueltas con ella. Mimi ladraba a sus pies. Hillary se volvió a llevar teléfono al oído y se metió de nuevo en la suite.

–¡Dios mío! ¡Qué noticia más maravillosa! –exclamó Jayne.

–Así es y, si Dios quiere, el día va a mejorar aún más.

Volvió a dejarla en el suelo y dio un paso atrás. Se metió la mano en el bolsillo y sacó los anillos de Jayne.

–Jayne, te amo desde el primer momento que te vi y te seguiré amando hasta que exhale mi último aliento. ¿Me harías el honor de ponerte estos anillos?

Ella extendió la mano y dejó que Conrad le pusiera uno de los anillos en el dedo. Entonces, los dos unieron las manos.

–Cuenta conmigo. Quiero formar parte de los planes que tengas para el futuro, para ayudar a los demás en la clínica de África y construir más clínicas en otras partes del mundo. Te acepto como eres... Te amo como eres.

Conrad deslizó la mano en el cabello de Jayne y la besó con una apasionada ternura que le llegó hasta lo más profundo de su ser. Las dificultades habían sido muchas, pero conocía un caballo ganador en cuanto lo veía.

Lentamente, Conrad se puso su alianza y le colocó a Jayne la suya en el dedo, donde se quedaría ya para siempre. Entre los dos, lo habían ganado todo.

Epílogo

Dos meses más tarde

Regresar a casa para encontrarse con su esposa era uno de los mayores placeres en la vida de Conrad. Aparcó el todoterreno junto a la clínica en la que trabajaba Jayne. Su clínica en África. Sabía que su esposa prefería la casa de África y cuidar de los heridos, los enfermos y los huérfanos que la vida glamurosa de Montecarlo.

La encontró en el patio con los niños, jugando al fútbol. Se ocupaba de ayudar a dirigir la fundación que supervisaba el funcionamiento de la clínica. En los dos meses que llevaba trabajando allí, se le habían ocurrido planes nuevos y la fundación de una guardería oficial para que cuando los adultos fueran a tratarse no tuvieran que entrar con los niños en la consulta, donde los pequeños podrían infectarse de cualquier cosa.

Conrad había tratado de decirle que no tenía que trabajar tanto, pero ella puso los ojos en blanco y le dijo que se podían escapar a la ópera una vez al mes, siempre y cuando él prometiera ser muy travieso antes del intermedio. A pesar de los esfuerzos que había hecho por mimarla, había descubierto que su esposa se había convertido en una mujer muy independiente. El modo en el que organizaba y se hacía cargo de las cosas le recordaba al coronel Salvatore.

Zhutov ya no era una amenaza. La vida se estaba equilibrando. Conrad se dirigió al campo de fútbol. Después de que los cabos sueltos se hubieran atado la semana anterior, cuando estuvo en el cuartel general de Lyon, estaba libre hasta la próxima misión.

En aquellos momentos, lo que más deseaba era una cena con su esposa. La pelota salió volando en su dirección y le dio una patada para devolverla al campo. Jayne le saludó con una sonrisa en los labios y fue corriendo hacia él.

–Bienvenido a casa –le dijo mientras le rodeaba el cuello con los brazos.

Conrad comenzó a dar vueltas con ella en brazos bajo el cálido sol de África. Mientras lo hacía, ella le susurró al oído los planes que tenía para hacer el amor en la ducha antes de cenar y lo maravilloso que sería volver a dormir junto a él.

Conrad tuvo que estar de acuerdo. Su insomnio era ya algo del pasado. Con Jayne en su vida, todo era mucho mejor. Con su esposa en brazos, comprendió que por fin había encontrado su lugar en el mundo.

